

BOLSILBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la pólvora huele mal

clark carrados



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

LA PÓLVORA HUELE MAL

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.183

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 7.389-1973
ISBN 84-02-02513-7
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1973

© CLARK CARRADOS -1973
Texto

© DESILO-1973
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.317. - Viaje en busca de la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.166. - Luz verde para el asesino.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.017. - En la boca del infierno.

En Colección CALIFORNIA:

812. - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717. - Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

103. - El rastro del oro es rojo.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

51. - La muerte tiene su propio banco.

CAPÍTULO PRIMERO

El «Mercedes» rodaba a buena velocidad por la autopista Berlín-Tempelhof. De cuando en cuando, su conductor, alto, magro, de pómulos un tanto hundidos, lanzaba una mirada al reloj del tablero de instrumentos.

Iba a 160 kilómetros por hora, pero rebajó la velocidad a 120. Tenía tiempo de sobra y no valía la pena cometer imprudencias. De pronto, notó un olorcillo raro en el interior del vehículo.

Una nube de gas azulado, muy tenue, se enroscó alrededor de su cabeza. El tiempo era frío y por ello el conductor tenía las ventanillas casi cerradas.

Con la mano izquierda, empezó a bajar el cristal de su lado. Aquel gas tenía un vago perfume oriental, como de sándalo, incienso y opio quemados al mismo tiempo. Pero el hecho de que intentase ventilar el interior del vehículo carecía ya de importancia.

Detrás de él, alguien dijo:

—Acérquese a la derecha y pare.

Julius Mantzer obedeció. El coche se detuvo unos segundos después, junto a la valla protectora. Al otro lado había un pequeño terraplén, que acababa en una hondonada cubierta de abundante maleza.

—Ahora, apéese, de la vuelta y siéntese a mi lado.

Mantzer hizo puntualmente lo que decían. Una patrulla de carreteras se paró en aquel momento junto al «Mercedes» y el jefe les preguntó si sucedía algo.

—Nada de eso, sargento —contestó el otro, sonriendo—. Mi hermano, simplemente, se siente un poco fatigado, y yo voy a ocupar mi puesto. ¿No es así, Werner?

—Sí —contestó Julius Mantzer, impasible ante el hecho de que el otro sujeto le llamase por un nombre distinto al suyo.

—Adiós, señores —se despidió el sargento de la patrulla.

El intruso dio el contacto y arrancó con moderada velocidad. Una vez se volvió para mirar el maletín *attaché* que yacía en el asiento posterior. De pronto, dijo:

—Julius, su billetera y su pasaporte. Déjelos aquí, a su izquierda. Mantzer obedeció en silencio.

El otro continuó pidiéndole cosas:

—Su pañuelo de pecho... Tiene bordadas las iniciales, creo.

—Sí.

—El alfiler de corbata, el reloj de pulsera, las dos plumas que usa... Ah, y ese hermoso anillo con brillante de su anular izquierdo.

Mantzer se despojó de todo, sin la menor protesta. Tenía los ojos abiertos, pero no parecía ver lo que tenía ante sí.

Unos minutos después, el coche se detuvo junto a un paraje similar al que habían encontrado en la primera parada.

—Bájese, Julius —ordenó el otro.

Mantzer obedeció sin rechistar. El nuevo conductor miró a través del espejo retrovisor.

Un «Volkswagen» 1600 se acercaba a toda velocidad. Los dos ocupantes eran mujeres. Rieron al ver a Julius acercarse a la valla.

—Ha debido de beber demasiada cerveza —comentó una de ellas, en el momento de pasar junto a los dos hombres a 140 kilómetros a la hora.

Mantzer se detuvo junto a la valla de protección. El otro ya tenía en la mano una pistola provista de silenciador.

Disparó.

Mantzer empezó a inclinarse lentamente hacia adelante. Su cuerpo se dobló sobre la valla y luego rodó por el terraplén, hasta quedar bajo unos espesos arbustos.

El asesino arrancó de nuevo. Consultó la hora.

—El buen Julius tenía la virtud de llegar a todos los sitios con tiempo de sobra —rió, satisfecho, porque sabía que no iba a perder el avión Berlín-Ámsterdam.

Luego lanzó una cariñosa mirada al maletín del asiento posterior.

—De buena gana te daba un beso —dijo, exultante de alegría.

El taxi se detuvo frente al número 116 del Rijsdael Canal.

—Aquí es —dijo el taxista.

—Muy bien, gracias —sonrió el viajero, a la vez que entregaba

al conductor un billete de diez florines.

El coche arrancó segundos más tarde. Su piloto no volvió la cabeza siquiera para ver qué hacía el pasajero recién desembarcado.

Era un sujeto alto, huesudo, sorprendentemente parecido a Julius Mantzer. En la mano derecha llevaba un *attaché* de cuero marrón oscuro.

En lugar de entrar en la casa que había indicado al taxista, siguió andando, sin preocuparse en absoluto de la belleza del panorama urbano que tenía ante sus ojos. Tilos y castaños ofrecían ya un hermoso color rojo amarillo en sus hojas, indicador de la estación otoñal, y árboles y casas se reflejaban en las aguas del canal, constituyendo un fantástico cuadro digno de los pinceles de un Van Eyck. Pero al viajero que acababa de llegar de Berlín, todo aquello le tenía sin cuidado.

Dobló la primera esquina, siguió calle adelante y volvió a girar a su derecha. Al fin se detuvo en el 201 de la calle Marijke.

Era un edificio lujoso. Entró en el portal, y el conserje le saludó respetuosamente. El viajero vestía con todo el aire de un importante hombre de negocios. El ascensor le llevó al tercer piso, en donde se detuvo ante una puerta señalada con un rótulo:

«J. Lunsere. Consejero legal»

Llamó a la puerta. Un hombre abrió a los pocos segundos.

—¿Lunsere? —dijo el recién llegado.

—Sí —contestó el otro.

—Mantzer.

Lunsere exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—Ya era hora —dijo.

—Lo siento, no he podido llegar antes —contestó el falso Mantzer.

—Bien, ahora estoy solo. Vayamos a mi despacho.

Los dos hombres entraron en la habitación indicada. El recién llegado puso el maletín *attaché* sobre la mesa.

—Aquí está —dijo, aunque sin soltarlo.

—Querrá el dinero, supongo —sonrió Lunsere.

—Figúrese, Joseph.

—¿No se fía de mí?

—De nadie.

Lunsere hizo un gesto de asentimiento.

—De todas formas, antes de soltar el dinero me gustaría ver la mercancía —declaró.

—Nada más lógico. —Accedió el otro—. Pero a mí también me gustaría ver el dinero.

—Oh, sí, claro, aguarde un instante. Francos suizos, creo recordar que pidió.

—En los últimos tiempos, la libra esterlina y el dólar andan algo pachuchos, Joseph.

—Hubiera preferido pagarle en florines; me costó mucho conseguir los francos suizos —se quejó Lunsere.

—Son órdenes, Joseph, usted lo sabe bien. «Ellos» quieren una moneda sólida y poco comprometedora.

—Gente desconfiada —rezongó el consejero legal, mientras abría la caja fuerte empotrada en la pared.

—En esta clase de negocios, la desconfianza es vital, Joseph —dijo el forastero con moderado cinismo.

Dos fajos de billetes quedaron sobre la mesa.

—Dos mil billetes de a mil francos suizos cada uno —anunció Lunsere enfáticamente.

—Maravilloso —dijo el otro, arrobado. De pronto, lanzó una exclamación—. Joseph, ¿dónde está el lavabo?

—Allí, al otro lado de esa puerta —indicó Lunsere.

—Muy bien, puede ir examinando el contenido del maletín.

El falso Mantzer entró en el lavabo. A Lunsere se le habrían puesto los pelos de punta de haber podido ver su sonrisa.

Lunsere colocó el *attaché* ante sí y accionó las presillas de cierre. Sentado ante la mesa, levantó la tapa del maletín.

Dos tubos negros se levantaron también un poco y vomitaron sendos fogonazos. La cabeza de Lunsere voló en pedazos.

El falso Mantzer salió corriendo del lavabo y agarró el dinero, que puso rápidamente en el maletín. Luego se dirigió hacia la puerta, sin lanzar siquiera una mirada hacia el cuerpo que se vaciaba de sangre en el suelo.

También había en la pared mucha sangre y restos de masa encefálica.

—Horrible —dijo el inspector Hanswehr, de la policía criminal de Ámsterdam.

—Espantoso, señor —corroboró el sargento Janssen—. Jamás había visto una cosa semejante.

Hanswehr se volvió hacia un hombre que tenía a su lado.

—Tienes experiencia, Robin —dijo en inglés—. ¿Qué opinas?

—Una escopeta de dos cañones, disparada a medio metro de la cara —respondió el interpelado.

—Estoy de acuerdo contigo —habló el policía—. Sargento, ¿hay más huellas?

—No, señor. Uno de mis hombres está interrogando ahora al conserje...

—Ewen —dijo Robin Boudds—, tengo que hacerte una observación, si me lo permites.

—Por supuesto. —Accedió Hanswehr.

—Ya no cabe la menor duda de que se dispararon dos tiros de escopeta en este despacho. No todas las postas alcanzaron su blanco; algunas han quedado incrustadas en la pared. Pero un escopetazo siempre hace mucho ruido...

—El departamento está insonorizado. Aun así, tienes razón; uno de los vecinos oyó un ruido raro y avisó a la policía. Y aquí nos tienes, Robin, sin saber quién, ni cómo, ni por qué, asesinó a Joseph Lunsere.

Un agente de uniforme entró en aquel momento.

—Inspector —llamó.

—Diga, Vanderen.

—He interrogado al portero. Ha dicho cosas interesantes acerca del último visitante que fue recibido por la víctima.

—Eso puede tener importancia para nosotros. ¿Se atrevería a reconocerle si le presentásemos su fotografía?

—Sí, señor; ha dicho que está dispuesto a ir al archivo...

—Muy bien, llévelo usted mismo y empiece a pasarle las fotografías de tipos altos y delgados, con pómulos huesudos. Avíseme del resultado apenas lo tenga, Vanderen.

—Bien, señor.

Hanswehr se volvió hacia Boudds.

—Se te ha presentado una buena ocasión —dijo, sonriendo.

—Muy interesante, en efecto —convino el inglés—. ¿Te importaría enseñarme la fotografía del asesino, si el conserje logra identificarlo?

—Lo haré encantado, Robin. ¿Sargento?

—Diga, señor —contestó Janssen.

—Encárguese de los últimos trámites. El señor Boudds y yo volvemos a jefatura.

—Sí, señor.

Al salir del departamento, Hanswehr hizo una pregunta a su amigo:

—Robin, ¿qué opinas tú del caso?

—Como imagino que esperas una respuesta franca, te la diré sin rodeos: Asesinato por encargo.

El policía suspiró.

—Exactamente lo mismo que pensaba yo —contestó. Y empezó a cargar su pipa.

CAPÍTULO II

—¡Éste es! —exclamó de pronto el conserje—. Sí, el mismo, no puedo equivocarme.

El agente Vanderen respiró aliviado. La búsqueda, que ya duraba casi dos horas, había terminado.

El nombre del presunto asesino estaba al otro lado de la cartulina. Vanderen pidió algunos datos más al conserje y luego solicitó la carpeta de Dieter Pfaldten.

Con ella en las manos, fue a ver al inspector Hanswehr, quien, en aquellos momentos, tenía un visitante en su despacho.

—Inspector, el conserje ha identificado ya al que suponemos asesino de Lunsere —informó Vanderen.

La fotografía y la carpeta quedaron sobre la mesa. Hanswehr agradeció su esfuerzo a Vanderen, y éste se retiró en el acto.

Hanswehr tenía también ciertos datos sobre la víctima.

—Se sospechaba de él, aunque no había pruebas suficientes. Sencillamente, hacía contrabando —dijo.

—¿Drogas?

El policía se echó a reír.

—¿En Ámsterdam? Robin, me defraudas —exclamó jovialmente.

—Diamantes. —Adivinó Boudds.

—Exactamente.

—Esa clase de contrabando, como el de drogas, suele ser cosa de una poderosa organización, cuando menos si es a gran escala. Un tipo aislado puede pasar un par de diamantes o veinte gramos de heroína, pero cuando se trata de un kilo, tanto de diamantes como de droga, ya no interviene nunca un hombre solo.

—En eso estoy de acuerdo contigo. ¡Caramba, vaya tipazo! —exclamó el inspector repentinamente.

La segunda fotografía estaba dentro de la carpeta. Hanswehr se la pasó a su amigo.

—Muy guapa, en efecto —convino Boudds—. ¿Quién es?

Hanswehr miró el anverso de la fotografía.

—Margit Hardzee, domiciliada en el 311 de Brinserlen Canal —contestó—. Pero la fotografía está tomada en Marbella, España.

—¿Cómo ha llegado a parar a tu expediente? —preguntó Robin.

—Sospechábamos de Pfaldten. Tiene pasaporte holandés, pero, en realidad, es alemán. Solicitamos a la policía española una discreta vigilancia del tipo, con alguna fotografía de los lugares por dónde pudiera actuar. Nos enviaron ésta y dos más. Míralas.

Margit Hardzee aparecía también en otra de las dos fotografías restantes. En la primera estaba en la playa, vestida con un detonante dos piezas de colores a rayas cebrá.

En la segunda fotografía, Margit aparecía sentada a una mesa, junto a Pfaldten. Un camarero les servía unos refrescos en la terraza de un hotel. La playa se veía a lo lejos, rebosante de bañistas.

—Ewen, quiero pedirte un favor —dijo Boudds.

—Sí, Robin.

—Dame copias de esas tres fotografías. El caso empieza a interesarme.

Hanswehr se echó a reír.

—No irás a hacer una investigación por tu cuenta —dijo.

—¿Quién sabe? —contestó el inglés, mientras contemplaba la tercera fotografía.

Pfaldten aparecía en ella, hablando con el mismo camarero, un tipo moreno, con bigote, de mediana estatura. Ahora, los dos estaban solos, en pie, junto a la misma mesa que, supuso Boudds, había ocupado Margit más tarde.

O quizá se había ido ya, cuando el fotógrafo policial español impresionó aquellas placas, pensó.

—Ewen, ¿qué dijo la policía de Marbella sobre Pfaldten? —preguntó Boudds.

—La conducta del tipo fue siempre irreproachable. No derrochó el dinero, aunque tampoco se le veía escaso de fondos. En resumen, la estampa típica del turista acomodado, pero de costumbres medidas.

Boudds lanzó una mirada hacia los árboles que se veían al otro lado de la ventana. El cielo estaba gris, encapotado.

—¿Cómo me gustaría estar ahora en Marbella! —suspiró.

El teléfono despertó a Boudds.

—¿Robin? —Sonó la voz del inspector Hanswehr.

—Hola, Ewen —contestó Boudds, todavía soñoliento.

—Tengo noticias para ti, Robin.

—Serán interesantes, supongo. De otro modo, nunca te perdonaría haberme despertado a... —Boudds consultó el reloj—. ¡Demonios, son las diez de la mañana! —Respingó.

—¿Estuviste de juerga anoche? —preguntó el policía, riendo.

—No, nada de eso. No se puede llamar juerga al hecho de estar trabajando en mi libro hasta casi las tres de la madrugada. Bien, Ewen, has hablado de noticias interesantes, creo.

—Cierto. Escucha la primera: Pfaldten ha salido en dirección a Londres.

—Habrás avisado a Scotland Yard, supongo.

—Hombre, Robin, qué cosas tienes... A estas horas, el inspector McDuff debe de andar ya rastreando las huellas de Pfaldten.

—Es un buen sabueso. Continúa, Ewen.

—Margit Hardzee está también en Londres, aunque se marchó allí hace ya cuatro semanas. Está empleada en Mallory & Sons, una firma de abogados de la City, según dejó dicho al partir.

—Bien, pero ¿por qué ha ido a colocarse en Londres? Resulta un poco extraño, ¿no te parece?

—Práctica del inglés y traducción del holandés. Ése es su puesto en Mallory & Sons.

—Muy bien, te agradezco los informes. ¿Alguna noticia más, Ewen?

—Sí, la última. En días sucesivos, y en Bancos distintos, Lunsere fue extrayendo cantidades en moneda extranjera, hasta alcanzar una suma muy importante.

—¿Cuánto, Ewen?

—Dos millones de marcos suizos, todos en billetes de a mil. Boudds silbó.

—Un buen método para pagar los diamantes de contrabando. —Calificó.

—Pfaldten empleó otro mejor: una escopeta de dos cañones —recordó el policía.

—Sí, es cierto. Pero se me ocurre una objeción.

—Habla, Robin.

—¿Cómo iba vestido Pfaldten? Quiero decir si llevaba abrigo o impermeable. Porque de otra forma, una escopeta de dos cañones, aunque los tenga aserrados y también la culata recortada, no es fácil de ocultar bajo las ropas. Sobre todo, en el caso de un tipo como Pfaldten, muy delgado y en el que cualquier bulto resaltaría de inmediato.

—El conserje no dijo que llevase abrigo o impermeable, aunque, de todas formas, me enteraré, Robin —contestó el policía—. Pero, recuerda, llevaba un maletín de negocios.

—Es cierto; el arma, despiezada, podía ir en el maletín.

—Tal vez. ¿Cuándo te vas a Londres?

Boudds se echó a reír.

—Eres un brujo, Ewen —dijo de buen humor—. Ahora mismo llamaré para que me reserven plaza en el próximo avión.

La mujer que se sentó en el avión junto a Boudds era extraordinariamente bella. Andaba ya por los treinta años y el abrigo de piel de cebra que vestía le confería un singular atractivo, al contrastar con el intenso negro de su cabellera y una cierta palidez de sus facciones.

Boudds no quiso entablar conversación con ella. Le disgustaba que pudieran tomarle por un conquistador. La mujer, por otra parte, tampoco parecía muy dispuesta a charlar. Además, el trayecto Ámsterdam-Londres era muy breve.

Pronto volaron sobre el Canal de la Mancha. Boudds aspiró el discreto perfume de la dama. Tenía ciertas insinuaciones orientales, aunque no demasiado acentuadas, lo que hubieran resultado entonces desagradables.

Al cabo de un rato, ella abrió su bolso y sacó una valiosa pitillera de platino, con sus iniciales en rubíes.

La pitillera se escurrió de repente de sus dedos y cayó al suelo.

Boudds se apresuró a recogerla y devolvérsela a su dueña. Ella agradeció el gesto con una amable sonrisa. Boudds, sin embargo, tuvo tiempo de leer las iniciales: F. C.

También pudo apreciar algo en el interior del bolso: un brillo metálico, que le pareció el de un pequeño revólver, pero la dama cerró el bolso y Boudds se quedó sin comprobar sus sospechas.

Por otra parte, tampoco le importaba en demasía. Su atención estaba centrada en otros problemas.

Aquella misma tarde entraba en el despacho de Mallory & Sons. Un joven, atildadamente vestido, le atendió con gran cortesía.

—¿La señorita Hardzee? Lo siento, hoy no ha venido a trabajar. Telefoneó diciendo que se encontraba algo indispuesta.

—Me interesaría su dirección, señor Mallory.

El joven se sorprendió.

—¿Cómo sabe que me llamo así? —exclamó.

—Usted es uno de los hijos de la firma Mallory & Sons. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Es usted muy perspicaz, señor...

—Boudds, Robin Boudds.

—Oh, el escritor sobre casos reales de crímenes —sonrió John Mallory—. He leído su último libro. Me encantó, esas cosas me gustan bastante. Claro que soy abogado, aunque sólo nos ocupamos de casos civiles.

—Muchas gracias, señor Mallory.

—Por cierto, espero que la señorita Hardzee no esté complicada en algún caso importante. No sería buena publicidad para la firma —exclamó Mallory, repentinamente alarmado.

—No tema. Se trata, simplemente, de una visita de cortesía. Nos conocimos el verano último en Marbella, pero yo he perdido su dirección; eso es todo, señor Mallory.

—Oh, siendo así...

El abogado escribió unas líneas en una hoja que arrancó acto seguido de su bloc.

—Aquí tiene, señor Boudds. Me siento muy satisfecho de haberle conocido.

—Mil gracias, señor Mallory.

Boudds salió a la calle. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Por fortuna, encontró un taxi a los pocos momentos. Su coche estaba guardado en el garaje de la casa que poseía a sesenta kilómetros de Londres y en la que solía residir de ordinario. Allí, en la relativa soledad del campo, podía trabajar mejor en sus libros.

Quizá el caso Lunsere, se dijo, mientras el taxi le llevaba a casa de Margit Hardzee, podía proporcionarle material de interés para uno de sus libros.

CAPÍTULO III

Era mucho más guapa que en la fotografía, reconoció Boudds al encontrarse frente a la joven. El pelo muy rubio, largo y liso, le encantó desde el primer momento.

—Soy Robin Boudds —se presentó—. Deseo hablar unos momentos con usted, señorita Hardzee.

Margit le miró con recelo.

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor Boudds? —preguntó, sin moverse del umbral de la puerta.

—El hombre se llamaba, se llama todavía, supongo, Dieter Pfaldten, y estuvo con usted en Marbella hace un par de meses.

—¿Pfaldten? —repitió ella—. No conozco a ningún individuo con ese nombre. Parece alemán, ¿no?

—Alemán de origen, pero con pasaporte holandés. Como usted, señorita Hardzee.

—Repito que no lo conozco...

Impasible, Boudds extrajo del bolsillo una fotografía y se la enseñó a la joven.

—Y ahora, ¿lo conoce usted? —preguntó.

Margit lanzó una exclamación de asombro.

—¡Oh, es Ricardo Moreno del Río! —dijo.

—¿Qué? ¿Español? —Respingó Boudds.

—Al menos, así lo creía yo hasta ahora. ¿Qué le hace suponer que Ricardo sea Dieter Pfaldten?

—Cierta carpeta de la policía de Ámsterdam, señorita. Yo mismo he tenido ocasión de examinarla personalmente, aunque allí no figura para nada la supuesta nacionalidad española del señor Pfaldten.

—Creo que será mejor que entre —invitó Margit por fin.

—Gracias, señorita Hardzee.

—Estuve tres semanas de vacaciones en Marbella, en efecto —

reconoció la joven momentos más tarde—. Allí conocí a Ricardo y salimos juntos en algunas ocasiones, pero eso es todo. No hubo más que una ligera amistad: un par de cenas juntos, fuimos dos o tres veces a espectáculos típicos, tomábamos el sol juntos en ocasiones... y eso es todo, señor Boudds. Sin embargo, nunca nos hicimos fotografías. ¿Cómo las ha obtenido usted?

—Son copias de las que tomó un fotógrafo de la policía española, a requerimiento de la de Ámsterdam. Es posible, incluso, que Pfaldden no sea su nombre verdadero, pero de lo que no hay duda es de qué se trata de un asesino profesional.

Margit se mareó un poco.

—Dios mío —murmuró—. Yo estuve bebiendo, comí, charlé, bailé y me bañé con ese tipo... Pero él siempre dijo ser español. Hablaba perfectamente ese idioma. ¿Cómo iba a dudar yo de lo que me decía?

—No había motivos, en efecto. Pero ¿hablaba en español con usted?

—Yo conozco algunas palabras de ese idioma. Sin embargo, él lo hablaba a la perfección con otras personas...

—Con el camarero, por ejemplo.

Dos fotografías más aparecieron ante los atónitos ojos de Margit.

—Sí, es Ramón, el camarero. —Identificó en el acto.

—Parece que se conocían —dijo Boudds—. En la tercera fotografía están los dos solos.

—Tenían cierta confianza. Supongo que se trataría de la confianza que existe entre dos compatriotas. Nunca me ocupé de ello, señor Boudds.

—Lo encuentro lógico. ¿Ha vuelto a ver al señor Pfaldden? O a Ricardo, como quiera llamarlo.

—No. Simplemente, nos despedimos cuando yo terminé las vacaciones. Él, dijo, se volvería a su ciudad, Sevilla. Eso es todo cuanto puedo decirle —concluyó la muchacha.

Boudds sonrió.

—Ya me ha dicho bastante. Gracias, señorita Hardzee —se despidió.

Y se encaminó hacia la puerta.

—Aguarde un momento —llamó Margit.

El escritor se volvió.

—¿Sí?

—Creo recordar haber oído a Ricardo... bueno, a Pfaldten, que tenía un amigo en Londres. Un tal Lex Allen.

—¿Conoce su domicilio?

Margit se mordió los labios. De pronto, se puso en pie.

—Espere, se lo ruego —dijo.

La muchacha entró en las habitaciones interiores y salió a poco, con un papel en las manos.

—Ricardo me dijo que tenía que hacer una visita a su amigo, pero que no conocía Londres. Yo le dije que le ayudaría con mucho gusto a encontrarlo y le tracé un pequeño croquis de la zona en que vive Allen.

—Por lo visto, lo ha conservado.

—Bueno, fue una especie de borrador. No me quedó muy bien y se lo repetí mejor. Se lo había hecho en una vieja agenda y ni siquiera sé cómo la conservo, pero aquí lo tiene, si le interesa.

Boudds sonrió.

—Tendré que ir a visitar al señor Allen, para saber si su amigo Ricardo Moreno del Río le ha visitado —dijo.

De repente, los ojos de la joven se quedaron fijos en un punto.

Boudds se asombró del repentino cambio de expresión de Margit. Volvió la cabeza y vio un delgado chorro de vapor que penetraba a través de la cerradura.

Boudds había leído y escrito demasiado sobre crímenes para no imaginarse en el acto lo que podía significar aquel chorro de gas. Inmediatamente, agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella.

—Vamos, el baño es el lugar más seguro en estos momentos —dijo—. Pero no grite, por lo que más quiera.

Margit, muy asustada, se dejó llevar. Entraron en el baño y, sin perder tiempo, Boudds agarró dos toallas y las empapó en agua.

—Respire a través del tejido —indicó.

Ella asintió. Los dos se cubrieron la cara con las toallas, excepto los ojos. Hilos de vapor se deslizaban ya por debajo de la puerta.

Pasaron unos minutos. De pronto, se oyó un ruido en la sala.

Boudds hizo señales a la muchacha de que debía guardar silencio. Se acercó a la puerta del baño y abrió cautelosamente una rendija.

Había un sujeto en el centro de la sala, con la cara cubierta por

una máscara de hilo. En la mano llevaba una pistola provista de silenciador.

De repente, el hombre fue a una de las ventanas y la abrió de par en par. El gas empezó a salir por el hueco.

Luego hizo lo mismo con el dormitorio. Con los nervios en tensión, Boudds escuchaba el ir y venir del intruso.

De pronto, sintió que se acercaba al cuarto de baño. Rápidamente, se quitó la toalla de la cara. Olía todavía a gas, pero la concentración había perdido ya la mayor parte de su fuerza.

El intruso abrió la puerta del baño. Boudds le golpeó con la toalla. El paño, mojado, era un arma excelente y la pistola saltó por los aires.

Se oyó un rugido de rabia. Boudds saltó fuera y golpeó de nuevo, ahora de revés y a la cara del sujeto, que se tambaleó.

Pero era un hombre robusto y contraatacó. Boudds recibió un fenomenal derechazo en la mandíbula y rodó con los pies por alto.

El intruso se agachó para recoger la pistola. Otra toalla mojada le golpeó con fuerza en la nuca, arrancándole un aullido de dolor, a la vez que le hacía trastabillar.

Boudds estiró el pie derecho. Su zapato golpeó dolorosamente una nariz, que empezó a sangrar de inmediato.

El intruso vio la partida perdida y escapó. Boudds hizo un esfuerzo para ponerse en pie.

Margit se arrodilló a su lado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ansiosamente.

Boudds se tanteó la mandíbula.

—Pega fuerte, pero, por fortuna, no perdí el conocimiento —respondió. Miró a la muchacha y añadió—: Su ayuda ha resultado muy valiosa, señorita Hardzee.

—Le vi usar la toalla mojada y comprendí que yo también debía poner mi granito de arena —sonrió ella—. Pero tenía mucho miedo.

Boudds estaba sentado en el suelo. Alargó la mano y recogió la pistola, abandonada por el desconocido.

—Hemos tenido suerte —dijo—. Ese sujeto vino a matarla a usted. Si nos hubiese encontrado a los dos narcotizados por el gas, habría consumido dos cartuchos.

—Pero ¿por qué? —dijo Margit, muy asustada—. Yo no les he hecho nada...

—Conoce a Pfaldten y éste sabe que usted le hizo un croquis de la zona donde vive Allen. Pfaldten ha debido darse cuenta después de que cometió un error y, simplemente, trataba de enmendarlo. Por sí mismo o por mediación de algún amigo. La máscara que llevaba puesta nos impidió verle la cara.

—¿Pfaldten quiere matarme sólo por eso? —se asombró Margit.

—Sí, porque ha debido de enterarse de que usted está ahora en Londres. Si hubiera seguido en Ámsterdam, no la habría molestado siquiera.

—Entonces, ¿qué me aconseja? ¿Qué debo hacer, señor Boudts?

—Lo primero de todo, cambiar de domicilio. Ahora mismo, mejor que mañana —contestó el escritor tajantemente.

Alguien llamó a la puerta. Lex Allen dejó a un lado la revista que estaba leyendo y se levantó para abrir.

—Ah, eres tú —sonrió, al reconocer a su hermosa visitante—. Pasa, pasa, Flora.

La mujer entró y se arregló un poco el abrigo de piel de cebra.

—¿Has visto a Dieter? —preguntó.

—No. Le estoy aguardando. ¿Por qué me lo preguntas?

—Supongo que sabes lo que hizo en Ámsterdam.

—Tengo una vaga idea...

—Cumplió el «encargo», pero se quedó con todo.

Allen silbó.

—¡Qué granuja! —exclamó—. ¿Todo... todo, Flora?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Así es —confirmó.

—Entonces, hemos perdido el tiempo —dijo Allen.

—Hay opiniones al respecto, Lex —contestó ella.

—No te entiendo. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Dieter vendrá a verte. Te pedirá ayuda.

—Escucha, estás equivocada...

—Se llevó dos millones de francos suizos y, además, se quedó con la mercancía. A ti te convencerá con cien mil francos. O quizá menos.

—Pero, Flora...

—Eres hombre fácil de persuadir y, además, puedes ayudarle muy eficazmente. Lo siento, pero no podemos consentirlo.

Allen entornó los ojos.

—Has dicho «no podemos» —murmuró.

—Justamente. No hablo solo por mí, sino por todos. No podemos permitir las traiciones.

—Pero yo no os he traicionado...

—Simplemente, queremos evitarlo, Lex.

Un pequeño revólver apareció en la mano de Flora. Allen, lanzando un rugido de rabia, se arrojó sobre ella, tratando de arrebatarse el arma.

La llamarada del disparo le quemó el rostro. Flora se apartó a un lado y evitó que Allen, al caer, la derribase a ella también.

Contempló fríamente el cuerpo que yacía a sus pies. Los movimientos de Allen cesaron antes de un minuto.

—Te llevarás un chasco cuando vengas, Dieter —murmuró, como si Pfaldden pudiera escucharla.

CAPÍTULO IV

El que llegó a la casa poco después no fue Pfaldten, sino Robin Boudds.

Llamó a la puerta y nadie le contestó. Hizo girar el pomo y abrió.

Una fuerte sacudida recorrió su cuerpo. El cadáver presentaba un aspecto poco agradable.

Pero trató de reponerse y avanzó unos pasos. Olía algo a pólvora, aunque también percibió otro perfume.

Trató de recordar. De pronto, se vio en el avión de la línea Ámsterdam-Londres, al lado de una hermosa morena.

«¿Será posible que ella...?».

Al cabo de unos segundos de indecisión, giró sobre sus talones y se marchó.

Pfaldten llegó media hora más tarde. Vio muerto a Allen y lanzó un sonoro juramento.

—Y ahora, ¿qué diablos hago yo? —masculló.

Durante unos momentos, se sintió desconcertado. Luego, de repente, dio media vuelta y abandonó el departamento.

Allen le había hablado una vez de un buen amigo suyo. Dick Harrison podía ayudarle.

Aquella misma noche, Pfaldten encontró a Harrison en la taberna a la que solía concurrir habitualmente. Pfaldten había conseguido los informes de la propia señora Harrison mediante el oportuno «empleo» de un billete de cinco libras esterlinas.

Harrison no parecía tener muy en cuenta su matrimonio. Estaba bien acompañado por una estridente rubia, la que, a juzgar por su aspecto, no tenía nada debajo de su abundante cabellera.

—¿Harrison? —dijo Pfaldten.

El individuo, robusto, de nariz chata y rostro con las cicatrices propias de un boxeador, le miró con expresión inquisitiva.

—Así me llamo, amigo —contestó—. ¿Qué es lo que quiere?

—Allen y yo somos muy buenos amigos. Vengo a verle de su parte.

Harrison no era tonto. En la cara de Pfaldten pudo ver algo que podía tener interés para él.

—Está bien, siéntese —invitó—. Nancy, déjanos solos.

La rubia se levantó.

—Que sea breve la conferencia de «negocios» —dijo irónicamente.

Y se alejó, con gran contoneo de caderas.

Harrison puso un vaso delante de Pfaldten, pero éste hizo un signo negativo con la cabeza.

—Hablemos de negocios —dijo.

—Muy bien, usted tiene la palabra —sonrió Harrison.

—Dos pasaportes —pidió Pfaldten.

Harrison soltó una risita.

—¿Y por qué no, también, una valija diplomática? —contestó burlonamente.

—Quinientas libras por pasaporte, Dick —anunció Pfaldten, impasible.

—Mil. —exigió el otro.

—Setecientas cincuenta.

—Trato hecho —aceptó Harrison sin más rodeos—. Deme los nombres y el lugar hacia el que se quieren dirigir sus amigos.

—No tenía más que un amigo y le han pegado un tiro. Me refiero a Lex Allen.

Harrison pegó un bote en la silla.

—¡Demonios!

—Le daré dos fotografías más. Los pasaportes son para mí.

—Ah, creo que entiendo. Pero ¿quién diablos ha liquidado a Lex?

Pfaldten se encogió de hombros.

—No me interesa en absoluto —contestó evasivamente—. Lo que quiero son los pasaportes. ¿Tiene ahí papel y pluma?

—Sí. ¿Es que usted no sabe escribir?

—Si hay algún fallo, no quiero que la policía encuentre un papel escrito por mí —explicó Pfaldten.

—Entiendo. —Harrison sacó una libreta y un lápiz—. Por

supuesto, el pago será al contado. La mitad por adelantado.

—Conforme —aceptó Pfaldden.

Harrison empezó a escribir.

Flora Corvin abrió la puerta de su departamento y encendió la luz. Su asombro fue enorme al ver a un hombre sentado en uno de los sillones.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó.

Boudds se puso en pie.

—¿No me reconoce, señora Corvin? —preguntó, sonriente.

Ella entrecerró los ojos.

—Creo recordar... Viajamos en el mismo avión desde Ámsterdam a Londres —dijo.

—Exactamente, señora. Soy Robin Boudds —se presentó el joven.

—Lo cual no le da ningún derecho a entrar sin permiso en mi casa —exclamó ella abruptamente—. Váyase en el acto o llamaré a la policía.

—Y alguno de esos policías le preguntará luego qué hacía o hizo ayer en el departamento de Lex Allen.

Flora se puso pálida.

—No conozco a ese individuo...

Boudds se acercó a ella y aspiró fuertemente el aire.

—Usa un perfume inconfundible, muy penetrante y persistente, señora —dijo.

Flora se mordió los labios. Ya no podía negar la evidencia.

—Está bien, pero yo no le he matado —dijo.

—¿Cómo sabe que ha muerto? Todavía no se ha descubierto el cadáver, señora Corvin.

—Cu... cuando estuve en su casa, ya había muerto...

Boudds alargó la mano hacia su bolso.

—Permítame, señora —dijo—. Además de la pitillera de platino, que se le cayó en el avión, me pareció ver una pistola en su bolso.

Flora se retiró vivamente.

—¡No se atreva a tocarme! —exclamó.

—¿Tiene miedo de que examine el revólver y vea que hay un cartucho consumido?

—Es que usted no tiene ningún derecho a hacerlo —contestó la mujer.

Imperturbable, Boudds cruzó la sala y se acercó al teléfono.

—Los hombres del Yard le pedirán a usted la pistola —dijo.

Y levantó el auricular, pero entonces Flora sacó el revólver y le apuntó con él.

—Deje ese teléfono —ordenó con voz crispada.

—¿Hará fuego si no obedezco? —preguntó Boudds.

—No lo dude. Vamos, suelte el teléfono.

Pero Boudds no daba señales de obedecer. Flora dio una patada en el suelo.

—Por última vez...

—Si dispara, dentro de diez minutos un amigo mío telefonará al número 999. Es el teléfono de Scotland Yard. Lo sabe, ¿no es cierto?

—Está mintiendo, Boudds —dijo Flora, descomponiéndose por momentos.

El índice de Boudds se introdujo en uno de los huecos del disco del aparato.

—Espere —pidió ella—. Podemos arreglarnos. Deje el teléfono y hablaremos.

Boudds sonrió.

—Eso ya está mejor, señora Corvin —dijo—. ¿Le importa que me sirva una copa?

—Que sean dos —pidió Flora, todavía muy alterada.

Después de tomar un par de sorbos, en pie, junto a una pequeña barra, Flora rompió el silencio:

—En primer lugar, dígame, ¿cómo ha sabido mi nombre y mi dirección, señor Boudds?

—No ha resultado difícil. Usted tomó un pasaje en Ámsterdam. He solicitado los datos a la oficina en Londres de la K.L.M.

—Pero usted no me conocía...

—Ese abrigo de piel de cebra y su rostro y su hermosa cabellera negra la hacen fácilmente identificable. Una de las azafatas de tierra de la K.L.M., habló con otra de las del avión y entre ambas consiguieron los datos que yo necesitaba.

—Es usted muy astuto. ¿Detective privado?

Boudds hizo un gesto ambiguo. Flora no había leído ninguno de sus libros, de lo contrario, ya habría mencionado su auténtica profesión.

—Muy bien. Ya me figuró qué es lo que quiere usted, señor Boudds —siguió ella—. Se trata de dinero. ¿Cuánto?

—En primer lugar, por favor, dígame por qué mató a Allen, señora.

—No hay pruebas de que yo lo hiciera —replicó Hora secamente.

Boudds señaló su bolso.

—El arma homicida está ahí y yo sé que estuvo en casa de Allen —contestó—. Hay un conserje en el edificio. Su abrigo de pieles es demasiado llamativo como para que no lo recuerde.

—Aun así, sería difícil demostrar...

—Los hombres del Yard se crecen ante las dificultades, créame. Lo pasaría usted muy mal si se decidiesen a hurgar en este asunto.

—Bien, bien, de acuerdo —admitió Flora de mala gana—. Pero hemos hablado de dinero y usted no ha citado aún su cifra.

—Desde luego, se trata de un negocio muy importante. Picaré alto, señora.

—¿Mil libras?

Boudds se echó a reír.

—Pese a su aspecto, resulta usted terriblemente ingenua —contestó.

—No puedo darle más...

—Recuerde el número fatídico: 999.

Ella pegó un vivo taconazo en el suelo.

—Está poniéndome nerviosa —exclamó.

—¿Cuánto importaban los diamantes? —preguntó él.

Hubo una corta pausa de silencio.

—De modo que ya lo sabe —murmuró Flora segundos más tarde.

—Sé que se trata de diamantes, lo cual implica una suma muy elevada. Sin embargo, desconozco otros detalles.

—Si acordamos un precio conveniente, esos detalles ya no le importarán en absoluto.

—Conforme, pero es que la cifra que ha mencionado es una ridiculez —contestó Boudds punzantemente.

—¿Y por qué no habla claro de una vez? —dijo Flora, muy irritada.

—¿Conoce usted a Dieter Pfaldten, alias Ricardo Moreno del

Río? —preguntó él bruscamente.

Flora se quedó con la boca abierta.

—También lo sabe —exclamó. Luego meneó la cabeza y añadió —: No me va a quedar otro remedio que matarlo.

—¿Es que se va a pasar la vida asesinando a la gente?

—Escuche —dijo Flora—. Le daré dos mil libras, ni un penique más. Pero eso es todo lo que puedo hacer, se lo aseguro.

—¿Dos mil libras por un negocio que vale, tal vez, millones?

Flora abrió el bolso.

—Veo que no nos entendemos —suspiró—. En fin, señor Boudds, cuando venga la policía, diré que sorprendí a un ladrón...

—Y al examinar su revólver, verán que es el mismo que sirvió para asesinar a Lex Allen.

Ella contuvo el gesto, cuando ya tenía el arma a punto de salir del bolso.

—Insisto en que no puedo darle más dinero, ni decirle cosas que son reservadas —manifestó.

Boudds la miraba fijamente. Por eso no se dio cuenta de que la puerta del departamento se abría un poco.

Una mano enguantada en negro asomó, armada con una pistola provista de silenciador. La pistola hizo fuego dos veces.

Flora lanzó un agudo gemido, giró sobre sí misma y rodó por el suelo, antes de que el sorprendido Boudds pudiera hacer nada por sostenerla.

CAPÍTULO V

Durante un segundo, Boudds permaneció irresoluto, sin saber qué hacer. Flora yacía en el suelo, respirando entrecortadamente.

De pronto, agarró el bolso y sacó el revólver. Corrió hacia la puerta y quiso abrirla, pero el asesino la había cerrado con llave por el exterior.

Era un condenado contratiempo, se dijo. Halló una segunda llave en el bolso de la mujer, pero ya era tarde.

El asesino había ganado tiempo suficiente. Boudds saltó hacia una de las ventanas.

La sala se hallaba en el tercer piso. Lo único que pudo ver fue un «Bentley» negro que se separaba de la acera con rapidez.

La distancia era excesiva para poder leer la matrícula. Era seguro que el asesino viajaba a bordo de aquel coche, por lo que intentar perseguirlo era quimérico.

Una cosa era segura, a pesar de todo: El asesino era conocido de Flora, puesto que tenía una llave de su departamento.

Tendría que investigar entre sus amistades, pensó, mientras se arrodillaba junto al inerte cuerpo de la mujer.

Sorprendentemente, Flora estaba todavía viva. Abrió los ojos y le miró:

—Roma... Vía Tritone... 111, Zina McLeod...

Su cabeza se dobló bruscamente a un lado. Boudds comprendió que ya no podría hacerle preguntas.

Muy preocupado se puso en pie. Realmente, se dijo, ¿valían tanto aquellos diamantes como para quitar la vida a tantas personas?

De todos modos, había averiguado un dato que podía resultarle precioso. Ahora lo que le convenía era abandonar el piso.

Utilizó la propia llave de Flora para salir y cerrar. Ya avisaría a la policía desde un punto muy distante de la casa.

Cuando estaba en Londres, solía alojarse en un pequeño departamento amueblado, que tenía alquilado desde hacía muchísimo tiempo. Llegó a su casa y se dispuso a tomar una copa, para reflexionar mientras bebía su contenido a pequeños sorbos.

El teléfono sonó repentinamente.

Era una llamada de Ámsterdam.

—Soy Ewen —dijo una voz conocida—. Tengo noticias para ti, sabueso.

—Falta me hacen —sonrió Bouds—. ¿De qué se trata?

—Se supone que Pfaldten cometió otro asesinato antes de llegar a Ámsterdam. El muerto sería un tal Julius Mantzer, cuya personalidad adoptó él durante el viaje de Berlín a esta ciudad. Se parecían extraordinariamente, ¿comprendes? Incluso no me extrañaría que él se hubiese retocado las facciones con algo de maquillaje para completar el parecido. Por supuesto, el que viajó de Ámsterdam a Berlín era, oficialmente, Julius Mantzer. Pero ya estaba muerto a unos metros de la autopista que va a Tempelhof.

—¿Cuál fue la causa de su muerte?

—Un tiro en la nuca. Mantzer rodó por el terraplén y ha permanecido allí varios días, hasta que alguien encontró su cadáver casualmente.

—Demasiado tiempo, Ewen —rezongó Bouds.

—No tanto como para que no se hayan averiguado ciertos detalles. Un sargento de la policía de carreteras recuerda haber visto parado el «Mercedes» de Mantzer. Lo ocupaban dos sujetos muy parecidos, hasta el punto de que llegó a creer que eran hermanos. Se paró para ver si necesitaban ayuda, pero uno de ellos le dijo que el otro, su hermano, como había supuesto y que conducía hasta entonces, se hallaba ligeramente indispuerto y que él iba a conducir a partir de aquel momento. El crimen se cometió unos mil quinientos metros más adelante, en pleno día y en un momento en que nadie circulaba por aquel sector.

—¿Pudo hacerlo, Ewen?

—Robin, tú conoces la autopista de Tempelhof. A veces, durante cortos segundos, determinado trecho está completamente desierto de vehículos. Sencillamente, Pfaldten aprovechó uno de esos momentos.

—Y le pegó un tiro y luego lo arrojó...

—No, nada de eso. Los forenses han encontrado en los pulmones de la víctima rastros de un extraño gas, muy raramente usado. Es una especie de pentotal gasificado, ¿comprendes?

—Empiezo a comprender, Ewen —dijo Boudds.

—Aún no se sabe cómo, pero Pfaldden narcotizó a su víctima. Mantzer no perdió el conocimiento, pero sí la voluntad. En el momento adecuado, Pfaldden hizo parar el coche y ordenó a Mantzer que se apease y caminara hasta la valla de separación. Le pegó un tiro en la nuca y el cuerpo se venció hacia adelante por su propio peso, rodando luego hasta el final del terraplén.

—Muchas cosas ha averiguado la policía berlinesa, Ewen —comentó Boudds.

—Es que han encontrado a dos muchachas, las cuales vieron a Mantzer, parado junto a la valla. A pesar de que su coche iba a mucha velocidad, recuerdan el detalle, porque comentaron que aquel tipo debía de haber bebido demasiada cerveza y se había bajado del automóvil para... Bueno, tú ya me comprendes, Robin.

—Sí, Ewen, desde luego; y son unas noticias muy interesantes. Pero yo también tengo que contarte unas cuantas cosas.

Boudds habló durante unos minutos. Al terminar, se despidió del holandés:

—Te llamaré desde Roma en cuanto sepa algo, Ewen.

—Buena caza, sabueso —le deseó el inspector Hanswehr.

El teléfono sonó de nuevo apenas vuelto a la horquilla.

—Señor Boudds —dijo una voz femenina—, soy Margit Hardzee.

—Ah, hola, encantado, señorita —exclamó Boudds—. ¿Puedo servirle en algo?

—Le he llamado varias veces, pero su teléfono estaba comunicando siempre...

—Oh, estaba hablando con un amigo. Lo siento, señorita Hardzee. Bien, ¿qué era lo que tenía que decirme?

—Simplemente, despedirme de usted, señor Boudds. Mañana mismo salgo para Roma.

El hombre que salió del hotel era de mediana estatura y vestía con mesurada elegancia. Un discreto bigotito negro adornaba su labio superior y en la mano derecha llevaba un costoso maletín *attaché* de color marrón oscuro.

El portero del hotel le abrió la portezuela del «Fiat» 130 que ya

aguardaba a la puerta.

—Buen viaje, señor Torini —le deseó.

—Gracias —contestó el aludido, a la vez que sonreía cortésmente.

El maletín quedó a su lado, en el asiento contiguo. Ivo Torini dio el contacto y el coche arrancó de inmediato.

En los primeros momentos, su marcha resultó lenta, debido a la espesa circulación de las calles romanas. Luego, a medida que se alejaba del centro de la urbe, fue ganando velocidad, hasta hallarse en la autopista que conducía al aeropuerto de Ciampino.

Entonces, una nubecilla de gas brotó de la parte posterior del coche. Torini aspiró el aire con fuerza un par de veces y luego se estremeció.

—Siga, siga así —ordenó suavemente el hombre que se hallaba detrás de él.

—Bien, señor —contestó Torini con voz neutra.

El coche llegó al aeropuerto, pero no se detuvo, sino que dio la vuelta por una de las calles de enlace de la explanada de estacionamiento. El individuo que estaba tras él acababa de ordenarle:

—Tome el camino de Ostia, señor Torini.

El coche se dirigió hacia el Sur. En pleno otoño, la carretera que conduce a las playas de Ostia estaba completamente desierta en muchos puntos.

Una hora después de haber salido del aeropuerto, el coche se detuvo junto a un espeso pinar. Durante el trayecto, Torini había ido dejando en el asiento delantero todos sus objetos personales.

—Apéese, señor Torini —ordenó el individuo.

Torini obedeció una vez más.

—Camine en línea recta, hacia ese pino tan grueso.

El sujeto caminó también. A cincuenta metros de la carretera, en un lugar donde no podían ser vistos, disparó una vez contra la nuca del italiano.

Torini cayó fulminado. Hecho esto, el asesino giró sobre sus talones y regresó corriendo al coche.

Nadie hubiera dicho que no era Ivo Torini. Y en el aeropuerto, en aduanas y en equipajes, le tomaron por el auténtico Torini.

Lo mismo sucedió al llegar al aeropuerto de Ámsterdam,

naturalmente, en un vuelo de *Alitalia*.

Un ojo humano escrutó a través de la mirilla segundos más tarde de que hubiera sonado el timbre de llamada. Wilhelm van Zamm reconoció al visitante y, iras descorrer el cerrojo de seguridad, abrió.

—¿Cómo está, Ivo? —saludó.

—Bien, perfectamente, señor Van Zamm.

—Trae la mercancía, supongo.

El falso Torini sonrió.

—Supone bien —contestó—. ¿Qué me dice de la «pasta»?

—Lo tengo todo listo. Pero antes me gustaría ver la mercancía...

—Y a mí me gustaría ver el dinero.

—Marcos suizos, Ivo.

—Sí, *mynheer* Van Zamm.

—De acuerdo. ¿Quiere servirse una copa mientras tanto, Ivo?

—No, gracias, no tengo sed.

—Aguarde un momento, voy a sacar el dinero.

Momentos más tarde, Van Zamm ponía sobre la mesa dos gruesos fajos de billetes de Banco.

—Me ha costado mucho tiempo reunir los billetes. —Se lamentó.

—No tanto como a nosotros la mercancía —contestó Torini.

—Sí, claro, pero...

—Diga, señor Van Zamm.

Los ojos del holandés se posaron sobre el *attaché* que yacía sobre la mesa.

—Recuerdo muy bien cómo murió Lunsere —dijo—. No me gustaría a mí correr la misma suerte.

Torini rió débilmente.

—Desconfiado, ¿eh?

—Hombre, imagínese. Después de lo ocurrido...

—Bien, puesto que usted no se fía de mí, yo mismo abriré el maletín. Por supuesto, levantaré la tapa frente a mí.

—Una decisión que apruebo incondicionalmente —sonrió el holandés.

Torini soltó las presillas del maletín. Van Zamm estaba frente a él, al otro lado de la mesa.

La tapa se levantó. Van Zamm no podía saber que la base del *attaché* tenía dos círculos que no eran sino una mera imitación del

cuero restante, de consistencia sumamente débil. Frente a cada círculo había un cañón de escopeta, cuya longitud era apenas doble de la de los cartuchos que contenían.

El maletín saltó medio palmo en el aire cuando se produjeron las explosiones, apenas la tapa se hubo levantado diez centímetros. Las dos descargas de postas, hechas a cosa de medio metro de distancia, destrozaron por completo el estómago de Van Zamm.

El holandés se mantuvo unos instantes en pie, con los ojos desmesuradamente abiertos, arrojando ríos de sangre por las horribles heridas abiertas por la descarga. Luego, de repente, se desplomó hacia adelante.

Torini retiró a tiempo el *attaché*. Van Zamm resbaló a un lado y quedó tendido al pie de la mesa.

Tranquilamente, el asesino recogió los billetes y los guardó en el maletín. Luego, con paso enteramente natural, se dirigió hacia la puerta.

Al salir arrugó la nariz.

—¡Qué mal huele la pólvora! —se quejó.

—Ha sido una verdadera sorpresa encontrarle en Roma, señor Boudds —dijo Margit.

—¿Verdad que sí? —contestó el joven de buen humor—. Lástima que haga tan mal tiempo. Cuando no llueve, el otoño romano es delicioso.

Margit se echó a reír.

—Si hace buen tiempo, el otoño es delicioso en cualquier parte —dijo, mientras desplegaba el paraguas que formaba parte de su atuendo.

Boudds encontró encantadora a la muchacha, con su impermeable de color amarillo muy vivo, corto, medias hasta la rodilla y botitas que apenas rebasaban los tobillos. El paraguas era transparente, con aplicaciones de flores de vivos colores.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Margit.

—Yo la guiaré —contestó él—. Conozco un local donde podremos tomar un *espresso* realmente exquisito.

—El café italiano resulta a veces demasiado fuerte —opinó ella.

—A mí me gusta mucho, con moderación, claro está. Y, ¿dígame, Margit, qué la ha traído a Roma?

—Ordenes, señor Boudds —respondió la muchacha.

—¿Ordenes? —repitió él, asombrado.

—Sí, del «viejo», quiero decir el señor Mallory, jefe de la firma. Bueno, me las transmitió su hijo mediano, John, el cual tiene que venir aquí dentro de un par de días. Yo le rogué que me permitiese anticiparme y él no encontró ningún inconveniente.

—Comprendo. Así, pues, es un viaje de trabajo.

—En efecto. La firma Mallory está en contacto con un importante grupo financiero italiano, que quiere introducirse en el mercado londinense. John, el hijo mediano, traerá plenos poderes de la firma y yo deberé estar presente en las reuniones para tomar notas y demás.

—Eso significa que conoce el italiano, Margit.

—No mucho, pero las conversaciones se desarrollarán en inglés.

—Por lo visto, lo ha perfeccionado usted bastante en tan pocos días.

Margit se echó a reír.

—Ya había trabajado antes dos años, aunque no todo el tiempo con los Mallory —contestó—. Aparte de ello, lo había estudiado en unos cursos que hice en una escuela de idiomas de mi país.

—Ah, ya comprendo. Margit, entremos en este café.

La muchacha plegó el paraguas. Entraron en el café y se sentaron ante una mesa, situada junto a una de las vidrieras.

Un camarero se acercó a ellos. Boudds le encargó dos cafés. Luego ofreció cigarrillos a la muchacha.

El lugar estaba bien elegido. Al otro lado de la calle, se veía el número 111 de la Vía Tritone.

Boudds sentía vivos deseos de conocer a Zina McLeod.

—Demasiada circulación —se quejó Margit momentos más tarde.

—Eso pasa en todas las grandes ciudades del mundo —sonrió él—. Pero la Vía Tritone es muy céntrica y...

Varias personas entraron y salieron del número 111. En medio de todo, a Boudds le interesaban casi más los hombres.

Casi sin saber por qué, presentía que Pfaldden iba a aparecer por allí. Le gustaría estar presente cuando el asesino surgiese para, sin duda, amenazar a Zina McLeod.

Al anoecer, Boudds acompañó a la muchacha hasta su hotel. Se despidieron, acordando almorzar juntos al día siguiente.

—Pasado mañana tendré ya mucho trabajo —dijo Margit, al tenderle la mano—. En realidad, venir a Roma ha significado para mí no tener que despedirme. El empleo es bueno y está bien pagado.

—Comprendo. Pero usted se ha alejado ya del peligro y no tiene nada que temer de Ricardo Moreno del Río.

Ella se estremeció un instante.

—Hasta mañana, Robin —se despidió.

Boudds no se dirigió a su hotel, sino que tomó un taxi que le llevase de nuevo a la Vía Tritone. El coche paró hacia el número 75. Boudds quería cubrir a pie el resto del trayecto.

Era ya de noche cuando entró en el 111. El nombre de Zina McLeod aparecía en el tarjetero de uno de los buzones.

Momentos más tarde, Boudds llamaba a una puerta del segundo piso. Alguien escrutó a través de la mirilla.

La puerta se abrió, aunque no del todo. La inquilina del piso no había soltado la cadena de seguridad.

—¿Quién es usted? —preguntó, recelosa.

El inglés se descubrió.

—Robin Boudds, señora McLeod —dijo—. Deseo hablar con usted...

—No le conozco en absoluto. Váyase.

La respuesta nada acogedora dejó a Boudds desconcertado un instante. Pero enseguida reaccionó.

—Soy amigo de Flora Corvin, señora McLeod —dijo.

El cambio de actitud se reflejó inmediatamente en la mujer.

—Siendo así, entre —dijo, a la vez que retiraba la cadena de seguridad.

CAPÍTULO VI

Zina McLeod cerró la puerta. Boudds entró, con el sombrero en la mano. Al volverse, vio una pistola en la mano de la mujer.

—No me fío de nadie, aunque diga que es amigo de Flora —dijo ella.

—Lógico —convino el joven sin inmutarse—. Sobre todo, cuando se conoce el trágico fin de la señora Corvin.

Zina abrió la boca.

—Oiga, no... no irá a decirme que la han matado —exclamó.

—Ante mis propios ojos, señora.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Zina pareció flaquear, aunque logró mantenerse en pie y caminar lo suficiente hasta una consola con servicio de licores. Dejó allí la pistola y se sirvió una generosa dosis de *whisky*, que apuró en dos tragos.

Boudds la contempló mientras bebía. Zina era todavía joven, unos treinta y tantos años, bien conservada, y de cuerpo abundante en curvas. El pelo, no cabía duda, estaba teñido de rubio.

—De modo que Flora ha muerto —dijo ella con voz ronca, después de un largo silencio.

—Lo siento, pero así es, señora McLeod.

—¿Cómo murió, señor Boudds?

—Dos balazos, ambos mortales de necesidad. Los proyectiles fueron a dar directamente al corazón, aunque todavía vivió algunos segundos.

—¿Quién la mató?

Boudds se encogió de hombros.

—Quizá usted lo sepa mejor que yo —repuso.

—No, no lo sé —dijo Zina.

—Pero sospecha quién pudo hacerlo.

Ella abrió una cigarrera y se puso un pitillo entre los labios. Su mano temblaba ligeramente y Boudds se acercó para encenderle el

cigarrillo.

—Sabe quién mató a Flora —dijo—. Por lo menos, lo sospecha. Zina le arrojó el humo a la cara.

—Todavía no me ha dicho quién es usted ni qué pretende —contestó.

—Mi nombre ya lo conoce usted. En cuanto a mis pretensiones... bien, trato de esclarecer el asesinato de Flora —mintió Boudds en parte.

—¿Pertenece al Yard?

—No. Mi interés es puramente particular.

Zina atravesó la sala y se sentó en un diván. Parecía ya completamente repuesta.

—Su interés se me antoja sumamente sospechoso, señor Boudds —dijo.

—No está centrado precisamente en el dinero que hay en juego —respondió él intencionadamente.

—¿Cómo sabe que hay mucho dinero en juego?

Boudds sonrió.

—Contrabando de diamantes —dijo.

Zina se irguió en su asiento.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó, casi a gritos.

—Tengo un buen amigo, que es inspector de la policía de Ámsterdam.

—Creo que empiezo a comprender. Pero no le diré nada más, señor Boudds.

—Eso significa que usted también está complicada en ese turbio asunto.

—No creo que le interese en absoluto...

Boudds recogió el sombrero.

—Flora murió de dos balazos —dijo—. Es posible que usted tenga una parte del botín, teóricamente, por supuesto; porque, en realidad, no le piensan pagar una sola lira. Le pagarán con un par de balazos, créame.

Zina se impresionó muchísimo al escuchar aquellas palabras.

—A pesar de todo, no le diré nada más —insistió.

—Volveré a verla mañana, señora. A propósito, su nombre es italiano, pero el apellido...

—Me casé con un escocés. ¿Satisfecho, señor curioso?

—¿Vive todavía el escocés?

—Resultó que el *whisky* le gustaba más que yo y se volvió a su tierra. Yo no quise seguirle; estuve una vez allí y encontré que Escocia es horrible. Nunca hace sol, siempre está lloviendo...

Boudds señaló hacia la ventana.

—Como en Roma, señora —dijo—. Repito: volveré mañana.

Y en el momento de salir, añadió:

—Espero que siga viva para entonces.

Zina se mordió los labios.

—Tengo una pistola. Empezaré a tiros con todo el que se acerque a mí, incluyéndole a usted, señor Boudds —manifestó tajantemente.

Cuando se desvestía para irse a dormir, sonó el teléfono.

—Llamada desde Ámsterdam, señor —anunció la telefonista del hotel.

Boudds se agarró ansiosamente al aparato.

—¿Ewen? —dijo.

—Sí, yo mismo —confirmó el policía—. Malas noticias, Robin.

—Otra vez Pfaldden, como si lo viera.

—En esta ocasión no ha sido él, aunque han empleado el mismo procedimiento.

—¿Escopeta con postas?

—Sí. Los disparos se hicieron a medio metro. Wilhelm van Zamm resultó casi partido por la mitad.

—Me gustaría saber cómo esconden el arma. —Gruñó Boudds.

—También a nosotros, aunque empezamos a forjarnos una hipótesis, Robin.

—Habla, Ewen, por favor.

Tanto Lunsere como Van Zamm recibieron sendas visitas poco antes de la hora en que se calcula murieron. Los visitantes llevaban dos maletines análogos, tipo *attaché*, de cuero color marrón oscuro.

—No sigas; el arma iba dentro del maletín.

—Eso es lo que creemos. Pero hay más... es decir, también intervienen en esta ocasión los francos suizos.

—¿Cuánto, Ewen?

—Dos millones.

—Una cifra mareante —murmuró Boudds—. Habéis investigado las cuentas bancarias de Van Zamm, supongo.

—Claro, así es como lo hemos sabido.

—Bien, ¿qué me dices ahora del asesino?

—Mediana estatura, correctamente vestido y con bigote no muy frondoso. Por eso sabemos que no fue Pfaldden.

—Sí, las diferencias son notorias.

—El conserje de la casa dice que le pareció italiano, por el acento. O quizá español, no está muy seguro.

Boudds pensó inmediatamente en el camarero que aparecía en las fotografías junto al supuesto Ricardo Moreno del Río.

—Sí, quizá sea español —convino—. O se hace pasar por tal.

—Pero no acabo de entender bien el motivo de estos asesinatos —se quejó el policía.

—Para mí, está claro, Ewen. Tanto Lunsere como Van Zamm esperaban sendas remesas de diamantes, por cada una de las cuales pagarían dos millones de francos suizos. Claro que, en lugar de los diamantes, recibieron las postas.

—Puede que tengas razón, Robin —convino Hanswehr—. Es una hipótesis muy aceptable.

—A cambio de tus informes, yo te voy a dar a ti una idea, Ewen. Tú puedes hacerlo, naturalmente, mucho mejor que yo.

—¿Sí, Robin?

—Averigua el nombre del camarero que aparece en las fotografías tomadas en Marbella a Pfaldden —dijo Boudds.

—Es un buen consejo, Robin —aceptó el inspector Hanswehr.

El chorro de gas penetró por el agujero que el berbiquí había abierto silenciosamente en la puerta. Zina McLeod estaba leyendo y no se dio cuenta de nada, hasta que fue demasiado tarde.

Para entonces, sus pulmones ya habían inhalado suficiente gas. Alguien llamó a la puerta.

—Abra, Zina. —Sonó una voz a través de la madera.

La mujer se levantó, quitó la cadena y miró al individuo que estaba frente a ella.

—¿Quién es usted? —preguntó Zina.

—Salga y sígame.

Zina obedeció. El individuo echó a andar escaleras arriba.

Momentos después, habían llegado a la puerta de la terraza. El hombre sacó una llave y abrió.

—Continúe, Zina.

La mujer obedecía como una autómatas. Siguió andando rectamente, pero el parapeto de la terraza le cortó el paso.

—Salte, Zina.

Abajo, en la calle, sonó un alarido horroroso.

Boudds estaba pagando al taxista que le había llevado hasta la Vía Tritone y miró en la dirección de donde procedía el grito.

Una masa oscura cayó de lo alto. El ruido que hizo al estrellarse contra la acera fue aterrador.

El taxista juró a voz en cuello. Una mujer se desmayó.

Sonaron frenazos. Dos o tres coches se golpearon con fuerza. Una pareja de policías uniformados que paseaban tranquilamente por la acera corrieron hacia el lugar donde yacía la presunta suicida.

Boudds corrió también. Alargó el cuello para mirar por encima de las cabezas que se habían congregado en círculo. Casi no le extrañó en absoluto reconocer a Zina McLeod.

Su profecía, desgraciadamente, se había cumplido.

En el mismo instante, un hombre salía del 111. Boudds lo vio y sospechó algo de él.

Corrió en su persecución, pero había demasiada gente. Lo único que pudo ver fue un «Fiat» 125 que, sorteando hábilmente todos los obstáculos, se alejaba con gran rapidez del lugar del suceso.

Esta vez, sin embargo, Boudds pudo ver y retener en la memoria, no sólo el color del automóvil, rojo guinda, sino su matrícula: Roma-881 011.

—Debió de ser horrible. —Se estremeció Margit, cuando Boudds le hubo relatado lo sucedido.

—Nada agradable, desde luego —convino el escritor—. Zina McLeod quedó muerta en el acto. El veredicto oficial, por supuesto, es de suicidio.

—Pero usted no cree que se haya suicidado, ¿verdad?

—En absoluto. Fue una defenestración... aunque lo raro es que la lanzasen desde lo alto de la terraza. Claro que era el único punto aceptable, si se quería hacer pasar el crimen por un suicidio. Ella vivía en el segundo piso.

—Entonces, la obligaron bajo amenazas a subir a la terraza y la arrojaron al vacío desde allí.

—Es la explicación más lógica, Margit.

—Está bien, pero sólo en apariencia —dijo la muchacha.

—¿Por qué? —preguntó Boudds.

—Mire, Robin, si a mí me obligan a hacer una cosa semejante, encañonada por una pistola, puede que llegue hasta la terraza, pero una vez arriba, cuando reciba la orden de lanzarme al vacío, empezaré a pegar gritos a todo pulmón; incluso sería capaz de luchar contra mi asesino. Él querría hacer las cosas con discreción, puesto que tiene que simular que es un suicidio. Por tanto, un escándalo no le convendría en absoluto.

—Pero él podría disparar...

—Admito el riesgo, Robin; pero, aun así, lo estimo preferible a tirarme desde la terraza, sin más ni más, como una obediente ovejita. Y si el asesino se encontraba en medio de un escándalo, lo más probable es que optase por escapar. De todas formas, cualquier cosa es preferible a lanzarse desde lo alto de la casa.

—Un balazo no es siempre mortal. En cambio, la caída desde un edificio como el 111 de la Vía Tritone, a pesar de que no es muy alto, sí resulta mortal indefectiblemente.

—Exacto, eso es lo que yo he querido darle a entender —dijo Margit, sonriendo.

—Entonces, queda en pie el problema de la forma en que Zina fue obligada a subir a la terraza.

—A menos que la subieran ya atontada por algún golpe, lo que también podría haber sido advertido por alguno de los vecinos de la casa.

—No, no le convenía al asesino —murmuró Boudds pensativamente—. Tuvieron que hacerla subir arriba de un modo discreto, pero ¿cómo?

Margit guardó silencio. De pronto, Boudds la miró a los ojos y sonrió.

—Antes ha dicho que, en un caso semejante, lucharía con todas sus fuerzas.

—Sí —confirmó ella con vehemencia—. Pasaría mucho miedo, qué duda cabe, pero ya tuve una experiencia y no dejaré que se repita. A mí no me arrojarán desde una terraza como a la pobre Zina McLeod, al menos, sin antes haber hecho todos los posibles por evitarlo.

—Nadie se atreverá a tocarla, se lo aseguro —dijo Boudds

enfáticamente—. Para usted, Margit, todos los peligros han pasado ya.

CAPÍTULO VII

Antes de marcharse, Boudds hizo un encargo a la muchacha. Margit se sorprendió en un principio, aunque luego acabó por aceptar.

—De todas formas, tendré que despacharlo hoy —dijo ella—. A partir de mañana, estaré ya a las órdenes de John Mallory.

—La gestión no es difícil, pero creo que a usted le darán más facilidades —opinó Boudds.

—No veo por qué...

Boudds sonrió.

—Mírese al espejo y obtendrá la respuesta. Luego, póngase delante de un funcionario italiano y... ¿Continúo?

Margit se echó a reír.

—No, es suficiente, ya le he entendido —contestó.

Al llegar a su hotel, Boudds adquirió un par de periódicos y otras tantas revistas en el quiosco del vestíbulo y subió a su habitación, dispuesto a esperar a que la gestión encomendada a la muchacha diese su fruto. Al cabo de un cuarto de hora, leyó una noticia que le hizo dar un salto en el asiento.

Cinco minutos más tarde, estaba hablando con el inspector Hanswehr.

—Tengo una noticia para ti, Ewen. Ha sido descubierto, en un pinar cercano a la carretera de Ostia, el cuerpo de un tal Ivo Torini, hombre de negocios de cierta importancia. Tenía un balazo en la nuca, pero lo más interesante de todo es que los forenses han apreciado que fue narcotizado antes de morir.

—Como Mantzen —dijo el holandés.

—Exactamente. La noticia trae también una fotografía de la víctima, antes de morir, por supuesto. Busca en un quiosco de periódicos *Il Corriere della Sera* de hoy; puesto que sale por la tarde, quizá lo tengas ya está misma noche. En todo caso, lo podrás leer

mañana por la mañana.

—¿Y...?

—Ewen, juraría que el hombre que asesinó a Van Zamm se hizo pasar por Torini.

—Ah, ya entiendo. Adoptó su personalidad, porque Pfaldden no podía, debido a su superior estatura.

—Exactamente.

—Bien, en tal caso, yo te daré una noticia, más bien un informe. Se trata del gas hallado en los pulmones de Mantzer.

—Ya dijiste que era una cosa nueva...

—En efecto. Actúa por inhalación de la misma forma que lo hace el pentotal sódico por vía intravenosa. Es una nueva fórmula, apenas utilizada y, pese a sus «ventajas» tiene también un grave defecto: es altamente inflamable, y por lo tanto, susceptible de hacer explosión, en determinadas concentraciones.

—Con una ventana abierta, por tanto, no resultaría peligroso.

—Por supuesto, pero bastan un par de chorros de gas, lanzados a la cara, para que la víctima se sienta en el acto hipnotizada.

—¡Qué descubrimientos! —rezongó Boudds—. Algunos científicos, la verdad, tienen una mente tan retorcida como un sacacorchos.

Hanswehr suspiró.

—De todo tiene que haber en la viña del Señor, Robin —contestó.

—Ya tengo lo que deseaba, Robin —dijo Margit, al atardecer.

—¿Le ha costado mucho?

—Lo que más me costó fue encontrar la oficina apropiada. No conozco bien Roma —contestó.

—Entiendo. Fui profeta con respecto al funcionario.

—No está bien que lo diga yo misma, pero, sí, resultó.

—Magnífico. Y ahora, dígame el nombre y la dirección del dueño del automóvil, aunque es muy probable que tenga la placa cambiada.

—Quizá, pero vale la pena intentarlo, ¿no cree? Bien, ahí va: Marina Vilassi, Villa Flavia, en la Vía Appia Antica...

Margit le dio los datos complementarios. Boudds se los aprendió de memoria.

—Iré mañana a visitar a la *signora* Vilassi —prometió—. Gracias

por todo, Margit.

—Cuénteme lo que le diga la señora Vilassi, Robin; estoy ardiendo de curiosidad.

—Descuide —sonrió Boudds.

De repente, Margit lanzó un chillido por teléfono:

—¡Robin!

—¡Margit! —se alarmó él—. ¿Qué le sucede?

—Escuche, tengo aquí un periódico... Publica la noticia de un asesinato. El muerto es terriblemente parecido a Ramón.

—¿Qué Ramón, Margit? —En aquellos momentos, Boudds se hallaba en las nubes con respecto al individuo mencionado.

—El Camarero de Marbella, hombre; ese que aparece en las fotografías con Ricardo Moreno.

—Ah, ya entiendo. Pero el muerto no es Ramón, sino Ivo Torini.

—Es curioso —murmuró ella—. Se parecen tanto...

—Margit, por casualidad, ¿conoce usted el apellido de Ramón?

—No, lo siento. Todos le llamaban por su nombre...
Simplemente, no me preocupé del detalle, Robin.

—Está bien, gracias. La policía de Marbella lo sabrá, seguramente.

—¡Caramba, Robin, qué amistades tiene usted! —se asombró la muchacha.

Boudds lanzó una corta carcajada.

—Tengo un amigo que es policía en Ámsterdam. Me ayuda —explicó sucintamente.

El teléfono sonó en la habitación de Margit a las diez de la mañana.

—Señorita Hardzee, estaré aguardándola en el vestíbulo dentro de quince minutos —anunció.

—Bien, señor Mallory —contestó Margit.

La joven terminó de arreglarse y cogió su bolso, en el que ya había preparado los adminículos necesarios para tomar notas. De pronto, se preguntó si una grabadora no habría dado mejor resultado que un simple bloc de notas y un lápiz.

Mallory solventó sus dudas en el momento de la reunión, al entregarle una bolsa de cuero negro, de forma oblonga, que pendía de una correa.

—Usaremos una grabadora durante la reunión, lo cual no

significa que no tenga que tomar notas complementarias —dijo.

—Muy bien, señor Mallory.

—Vamos, tengo el coche afuera. —Mallory consultó su reloj—. La reunión será a las once y media en punto.

—Un poco dormilones estos italianos, ¿no? —comentó ella, mientras cruzaban la puerta del hotel.

—Tienen que hacer una reunión previa, a fin de acordar los puntos que deben discutir conmigo —explicó el joven.

—Ah, ya entiendo.

El portero del hotel abrió las portezuelas. Mallory se sentó tras el volante y dio el contacto, para hacer arrancar el «Lancia».

—No es mío, lo he alquilado mientras dure mi estancia en Roma —dijo, cuando el vehículo se unía ya a la densa corriente de tráfico.

Poco más tarde, embocaban la carretera. A los treinta minutos, Mallory se metió por un camino secundario, que zigzagueaba entre los espesos pinares de la zona.

Tres kilómetros más adelante, Mallory detuvo el «Lancia» frente a una verja, que era la puerta que permitía el paso a través de una alta tapia, en la que aparecían numerosos desconchones. Crecían las hierbas y los matojos por todas partes y el lugar ofrecía, en general, una deprimente sensación de abandono e incuria, que desagradó no poco a la muchacha.

El jardín estaba absolutamente descuidado. La casa, antigua, pero nada hermosa, era de planta y piso, rodeada por una terraza elevada a cuatro metros sobre el jardín. La balaustrada de la terraza aparecía rota por muchos puntos. Faltaban un par de los grandes jarrones de remate de las esquinas y de las columnas del final de la escalera.

Al pie de uno de los muros de la terraza, había un gran estanque de forma octagonal. Margit apreció que el agua daba una clara sensación de no haber sido renovada en mucho tiempo. Había musgo en los bordes del estanque y la superficie del líquido aparecía cubierta de hojas desprendidas de los árboles que circundaban el estanque.

Mallory detuvo el coche al pie de la escalinata que permitía el acceso a la terraza.

—Aguarde aquí unos minutos, señorita Hardzee —indicó—. Ya la llamaré cuando vayamos a iniciar la reunión.

—Sí, señor.

Mallory subió ágilmente las escaleras y desapareció en el interior de la casa. A Margit, sin saber por qué, le produjo cierta aprensión el aspecto del edificio, en cuyas ventanas faltaban algunos cristales.

Los demás estaban llenos de polvo. Margit se preguntó si aquella reunión no tendría ciertos fines reñidos con la ley.

El lugar, más que misterioso, se le antojaba siniestro. Pero luego recordó la respetabilidad de la firma Mallory & Sons y se dijo que debía desechar sus aprensiones.

Los italianos, a veces, gustaban de ser melodramáticos. Por otra parte, si se trataba de una reunión de finanzas de altos vuelos, convenía el secreto. En el mundo de los negocios, la competencia era despiadada.

Mallory apareció de pronto, acompañado de un individuo alto, rubio y de mandíbula cuadrada, muy poco acorde su apariencia con la idea que la muchacha tenía de un latino típico.

—Señorita Hardzee, el señor Sylvanus y yo tenemos que salir unos momentos a buscar a los demás miembros de la conferencia. Debían de haber llegado ya, pero es probable que su coche haya sufrido una avería. En la casa no hay teléfono —dijo Mallory sonriendo—. Espérenos aquí, volveremos lo antes que podamos.

—Sí, señor.

Los dos hombres entraron en el coche, que partió de inmediato. Margit quedó sola en el jardín.

Reinaba un silencio absoluto. El sol pugnaba por salir y al fin logró conseguirlo, cuando las nubes se separaron y permitieron ver el azul del cielo romano.

Margit empezó a pasearse, acercándose a la alberca. El magnetófono pendía de su hombro izquierdo.

De pronto, le pareció oír un levísimo crujido en la gravilla.

Un escalofrío recorrió su espalda. El ruido se repitió, ahora más cerca.

Una sombra apareció a su lado. Margit sintió un terrible golpeteo de su corazón dentro del pecho.

De pronto, se volvió.

CAPÍTULO VIII

El hombre era alto y robusto. Usaba un sombrero de alas excesivamente anchas, que lanzaban sombras contra su rostro. Margit no le podía ver bien las facciones, situada a contra sol.

Pero sí pudo ver las manos enguantadas que avanzaban hacia su garganta. El pánico le hizo dar un salto hacia atrás y su atacante falló el golpe.

—No te muevas. —Gruñó el hombre, en un pésimo inglés.

Margit se dio cuenta de que sería inútil correr; aquel individuo la alcanzaría fácilmente. Pero ¿no había dicho ella que no se entregaría mansamente, que lucharía, como fuese, para salvar su vida?

Otra vez se le arrojó el asesino sobre ella. Altera, en los movimientos de esquivo, se habían acercado mucho al estanque.

El individuo falló el golpe y se zambulló de cabeza en las aguas. Un hedor espantoso subió inmediatamente de aquel líquido corrompido por la falta de renovación.

Margit dio media vuelta para escapar. Pero, de repente, pensó que el sujeto podía perseguirla. Incluso cabía que tuviese una pistola.

Se volvió de nuevo. El hombre tenía ya las manos en el borde del estanque y hacía esfuerzos por salir.

Margit se descolgó el magnetófono y lo hizo voltear en el aire, en sentido descendente. El hombre gritó, pero en el mismo momento, el instrumento le golpeó en la cara con tremenda fuerza y acalló su voz, a la vez que lo despedía hacia atrás.

Un cuerpo humano se sumergió en las aguas y lanzó unas cuantas burbujas a la superficie. Margit no quiso seguir mirando y escapó a la carrera.

Salíó del jardín y siguió corriendo durante unos minutos. Se preguntó qué diría el señor Mallory cuando regresara y observara su

ausencia.

No le importaba demasiado; había salvado la vida y ello tenía un interés mucho mayor. Sintióse un tanto fatigada, moderó la marcha.

De cuando en cuando, volvía la cabeza. Nadie la perseguía por el momento, lo que la hizo sentirse mucho más aliviada.

Minutos más tarde, llegaba a la carretera. Vio a lo lejos un automóvil que se dirigía hacia Roma y agitó la mano, haciendo señales a su conductor. El vehículo pasó de largo y Margit se sintió decepcionada; tendría que recurrir a un autobús de servicio público, una de cuyas paradas, pensó, no podía hallarse muy lejana del lugar en que se hallaba.

El coche que guiaba Boudds, un «Fiat» 125 se detuvo ante una verja artísticamente trabajada. Boudds se apeó y tiró del cordón de la campanilla que había a un lado de la puerta.

Momentos después, un estirado sujeto apareció ante sus ojos.

—¿Qué desea, señor? —preguntó.

Boudds sacó una tarjeta de visita.

—Tengo entendido que vive aquí la señora Vilassi —dijo.

—Así es, señor...

—Por favor, entréguele esta tarjeta. Deseo hablar con ella.

—Sí, señor.

El mayordomo, criado o lo que fuese, no abrió la puerta. Se marchó a lo largo del sendero enarenado, flanqueado por cipreses, en dirección a la lujosa villa que se veía al fondo.

Abundaban los mirtos y los setos de boj. Era fácil ver que la dueña de la mansión apreciaba los servicios de un buen jardinero. El sol salió entre las nubes en aquel momento y el jardín cobró un nuevo aspecto. Parecía un cambio mágico, que hechizó al joven durante unos momentos.

El mayordomo regresó y abrió la verja.

—La señora le aguarda, señor —informó respetuosamente.

—Mil gracias.

Boudds recorrió el sendero en compañía del mayordomo. Al llegar a las inmediaciones del edificio, vio algo que hizo latir apresuradamente su corazón.

Había un garaje lateral, con las puertas abiertas, a través de las cuales se divisaba un «Rolls-Royce» y un coche pequeño de color

rojo guinda. La matrícula correspondía exactamente a la que él había memorizado tras la muerte de Zina McLeod.

Momentos más tarde, entraba en un salón amueblado con singular distinción. Una hermosa mujer, alta, rubia, con el tipo de una modelo de alta costura, le dirigió una amable sonrisa.

—Señor Boudds...

El visitante hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señora Vilassi, antes de decir nada, permítame que le dé las gracias por haberse dignado recibirme —manifestó.

—Me intrigó la tarjeta de visita de un británico —contestó ella con voz melodiosa—. ¿Puedo servirle en algo, señor Boudds?

—Se trata de... Oh, no quisiera que me tomase por un entrometido, señora; sólo que vi su coche cerca de un sitio donde ocurrió un terrible suceso... En la Vía Tritone. Lo llevaban dos hombres y...

Marina sonrió hechiceramente.

—Me lo habían robado —explicó.

—Ah, ya comprendo.

—En realidad, yo no uso el «Fiat», señor Boudds —siguió ella—. Es el que emplea la servidumbre para las compras. Lo dejaron estacionado en una calle de Roma y unos desaprensivos se lo llevaron.

—Lo ha recuperado con gran rapidez, señora —observó el inglés.

—Los ladrones fueron muy atentos —sonrió Marina—. Dejaron el coche en la misma calle, unos cuantos metros más adelante. Por lo visto, no lo necesitaron demasiado tiempo.

—¿Dio cuenta a la policía del hecho?

—¿Cómo iba a hacerlo, si recuperé el coche, prácticamente a los pocos minutos? Quiero decir que, mientras mis sirvientes hacían la compra, los ladrones actuaron. Incluso es probable que no me hubiese enterado de lo sucedido, de no haber sido porque los ladrones no encontraron desocupado el mismo sitio en que había quedado el coche y se vieron obligados a dejarlo un poco más arriba.

—Comprendo —sonrió Boudds—. Señora, le ruego una vez más dispense las molestias que le he causado.

—He tenido un gran placer en atenderle, señor Boudds.

El inglés abandonó la casa. Sin saber por qué, presentía lo ficticio de las explicaciones de Marina Vilassi.

Al salir vio en el garaje a un individuo que manipulaba en el motor del «Rolls». El sujeto se irguió un instante y le dirigió una mirada casual.

Era un hombre alto, delgado y de cara huesuda. Boudds continuó andando, acompañado del mayordomo.

El hombre que examinaba el motor del coche de lujo era, indudablemente el mecánico y chófer de la señora Vilassi. Tenía todo el aspecto del sujeto apropiado para conducir un «Rolls»: alto y mayestático.

Pero también tenía, opinó, un sospechoso parecido con Dieter Pfaldten.

Cruzó la verja y entró en el coche. Dio el contacto y arrancó.

Cinco kilómetros más adelante, vio a una chica que le hacía señales de que se detuviese. Boudds no tenía ganas de parar a una autostopista y entablar con ella una conversación que, probablemente, resultaría vacía e insustancial.

Pero, de repente, al pasar a su altura, le vio la cara.

El pie derecho pasó del acelerador al freno instantáneamente.

El coche que acababa de desfilas por delante de ella emitió de repente el inconfundible sonido de unos frenos aplicados con fuerza. Margit respiró, algo más aliviada, y en el acto, echó a correr hacia el vehículo, que ya se echaba hacia la derecha, a cien metros de distancia.

El automóvil empezó a retroceder. Margit lo alcanzó y se inclinó para hablar con el conductor.

—¿Puede llevarme a Roma, señor...?

—Suba, Margit.

Ella abrió la boca, estupefacta.

—¡Cielos! —dijo.

Boudds sonrió, a la vez que se inclinaba para abrir la portezuela del lado derecho.

—¿Qué le sucede? ¿Le ha dado plantón el señor Mallory? —preguntó jovialmente.

—No, pero he estado a punto de ser asesinada.

Boudds se disponía ya a arrancar y se volvió sorprendido hacia ella.

—Cuénteme —pidió brevemente.

Margit habló entrecortadamente. Al terminar, Boudds, que no había movido el coche, arrancó, pero lo hizo para girar en sentido opuesto.

—Vamos allá —dijo.

—El asesino puede estar armado...

—A mí me parece que, en tal caso, no se encuentra en condiciones de emplear su pistola, Margit.

Ella se estremeció.

—¿Cree que lo habré matado? —preguntó.

—El golpe que usted le asestó, probablemente, no fue mortal. Pero si perdió el conocimiento, habrá muerto ahogado en el estanque.

Margit cerró los ojos.

—He matado a un hombre...

—Tranquila, muchacha; usted defendía su vida —sonrió Boudds—. No irá a decirme que preferiría estar ahora en el fondo del estanque, en lugar de aquel sujeto, ¿verdad?

—Por supuesto. —Margit respiró con fuerza—. Pasé un miedo horrible, Robin —confesó.

—Lo cual no le impidió cumplir lo que había prometido: defenderse a toda costa. Hizo bien, no lo lamente.

Minutos más tarde, Boudds detenía el coche frente a la casa. Saltó al suelo y corrió hacia el estanque.

Era menos profundo de lo que parecía. En el fondo se divisaba una silueta oscura, alargada. Margit lo vio y giró la cabeza a un lado.

—Está muerto —dijo.

—Justo castigo para quien, seguramente, cobró dinero por matarla a usted.

—Pero ¿por qué quieren matarme? ¿Qué les he hecho yo? —exclamó ella, angustiada.

—Aparece en unas fotografías con Pfaldden, alias Ricardo Moreno. Eso ya es comprometedor de por sí, aunque debe de haber otros motivos más profundos, que aún no conocemos. Ya los averiguaremos, créame.

—¿Es que piensa proseguir la investigación? —preguntó ella.

—Debo hacerlo —respondió Boudds escuetamente.

—Ahora me pregunto qué dirá el señor Mallory si ha venido aquí y no me ha encontrado, Robin.

—Quizá no ha vuelto todavía —apuntó él—. Vamos a dar una vuelta por la casa.

Margit aceptó la sugerencia. El edificio, en su interior, daba también claras señales de abandono.

—Extraño lugar para sostener una conferencia de negocios —comentó Boudds.

—Mallory y los financieros italianos debieron de pensar que se trataba de un sitio discreto —dijo Margit—. A mí también me extrañó en un principio, pero luego pensé que quizá querían un secreto absoluto. Ya sabe, esto de los negocios tiene vertientes muy reservadas.

—Puede que tenga razón —convino él—. Pero opino que aquí ya no hacemos nada.

—¿No cree que debiera esperar al señor Mallory, Robin?

—Llámele al hotel. Dígale que se volvió, en vista de su tardanza en regresar. Yo no quiero que siga aquí, Margit.

—Está bien —aceptó ella la solución propuesta por su acompañante.

CAPÍTULO IX

Durante el camino de vuelta, Margit se sintió atacada por una duda.

—Robin, ¿no se le ha ocurrido pensar que quizá me siguieron hasta esa casa abandonada? —preguntó.

—Es muy probable —admitió él.

—Pero yo iba a estar acompañada...

—Hubiera buscado una ocasión propicia. Tal vez hubiera disparado contra usted. Repito que no debe preocuparse; está viva y eso es lo que importa.

—No sé qué haré ahora —murmuró ella, irresoluta—. Estoy por despedirme del señor Mallory, aunque, desde luego, perdería un buen sueldo.

—Voy a hacerle una proposición, Margit —dijo él—. Si se despide de Mallory, yo la tomaré como secretaria.

—¿Usted? —se sorprendió la muchacha.

—¿Por qué no? Estoy escribiendo un libro. Ahora, prácticamente, no hago más que tomar notas. Un día necesitaré dictar el borrador, corregirlo y darlo después para que lo copien en limpio. Siempre lo he hecho por medio de una secretaria eventual, así que, ¿quién mejor que usted para desempeñar el puesto?

—Temo que mi inglés no sea todo lo perfecto que usted desearía sonrió ella.

—Ya corregiré yo los errores, no se preocupe. De todas formas, la decisión queda en sus manos, Margit.

—Me lo pensaré, Robin.

Bouds dejó a la muchacha en su hotel.

—No deje de, telefonarme apenas haya tomado una decisión —rogó.

—De acuerdo —contestó Margit.

El escritor arrancó. Volvió a su hotel y subió a su habitación, en

donde estuvo largo rato haciendo una sinopsis de todos los acontecimientos, con los detalles que le parecieron más sobresalientes.

Cuando terminó, era de noche.

—Un martini me sentará bien —se dijo.

Y bajó al bar del hotel.

Al sentarse en un taburete, frente a una barra, una hermosa mujer le pidió fuego para su cigarrillo.

—Encantado, señora Vilassi —sonrió Boudds—. Doblemente encantado —añadió.

—Sí, es una agradable coincidencia —convino ella—. ¿Piensa estar mucho tiempo en Roma?

—Quizá me vaya dentro de poco, no puedo asegurarlo todavía.

—La estación no es muy apacible. Otra vez está lloviendo —dijo Marina, sonriendo.

—En el Sur se debe de estar mucho mejor. ¿Espera a alguien? ¿Su esposo?

Marina rió suavemente.

—No tengo esposo —contestó.

—¿Viuda?

Ella contestó con un gesto muy expresivo.

—Tan joven —suspiró él.

—No crea, estoy rondando ya los treinta años —dijo Marina.

—¿Se considera ya vieja, cuando tiene todo el aspecto de una adolescente?

—Señor Boudds, ¿de dónde ha sacado esa rara habilidad para halagar a las mujeres?

—Decir la verdad, ¿puede considerarse como un halago?

Marina volvió a reír.

—Es usted un inglés encantador, lo que significa que no parece inglés —dijo.

—Acepto el elogio, señora...

—Marina, por favor —rogó ella, dirigiéndole una intensa mirada.

—Me llamo Robin.

—Lo sé.

Boudds la miró por encima de la copa que le habían servido.

—Tiene usted una casa muy elegante —dijo.

—Sólo ha visto el salón —contestó ella.

—Debe de haber habitaciones con decoraciones todavía más lujosas, incluso cuadros valiosos.

—Así es, Robin.

—Me gustaría ver esos cuadros, Marina.

—¿Ahora?

—Cuando a usted le parezca mejor.

Marina se apeó del taburete. Boudds observó que vestía un ajustadísimo vestido de color rojo vino, con dibujos fantásticos hechos con hilos de oro. Era una prenda estridente, pero que en ella resultaba natural. En otra mujer, habría parecido un disparate; sólo Marina, con su belleza, lograba imponerse al vestido.

—¿Vamos, Robin?

—Sí, Marina.

El «Rolls-Royce» se detuvo ante la villa. Boudds había observado ya que el coche había sido conducido por el mayordomo que le recibió por la mañana.

—Puede retirarse, Federico; yo atenderé al señor —dijo Marina, después de apearse.

—Bien, señora.

Entraron en la casa. Marina dejó el bolso sobre una valiosa mesa laqueada en Venecia tal vez trescientos años antes.

—Permítame unos minutos, Robin —dijo ella—. Volveré enseguida.

—Está bien, Marina.

La mujer se alejó. Robin quedó solo unos minutos.

El bolso de marina le tentó. No pudo evitarlo y lo abrió.

Examinó rápidamente su contenido. Dos tubitos con píldoras, una pitillera con incrustaciones de marfil en la plata, un mechero que hacía juego, un pasaporte y una agenda de notas.

La agenda le interesó sobremanera. Repasó sus páginas rápidamente y encontró dos direcciones conocidas; las de Jansen Lunsere y las de Van Zamm.

Había otra anotación que atrajo su interés inmediatamente. Era un tal Horst Wuttens, el cual vivía, al parecer, en el 422 de Wieserwegstrasse, en Mülheim, sobre el Ruhr.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Boudds divisó una serpiente azulada que se dirigía hacia él, flotando en el aire.

El gas se enroscó en torno a su cabeza. Boudds buscó un sillón y se sentó.

Momentos más tarde, Marina entró en el salón, acompañada de un individuo alto y delgado.

—Dieter, ¿te encargarás de él? —preguntó.

—Sí, señora.

—¿Cómo lo harás?

—Usaré el coche pequeño.

—Procura que parezca un accidente. Emplear la pistola podría resultar comprometedor.

—Pero lo haré si no hubiera otro remedio —dijo Pfaldten.

—Como quieras. El caso es que nos libres de él.

—Descuide, señora. Ah, ¿quién se encargará del asunto Wuttens? —Quiso saber Pfaldten.

—Irá Tod. Es el individuo adecuado.

—Sí, no se podría haber elegido a otro mejor. Pero...

—¿Alguna duda, Dieter? —preguntó Marina.

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

—Es el último golpe, Dieter.

Pfaldten hizo una mueca.

—¿No lo crees, Dieter? —preguntó ella.

—Me pregunto si *mynheer* Stanx se dejará sorprender, como lo hicieron Lunsere y Van Zamm. Habrá leído los periódicos y actuará en consecuencia.

Marina sonrió sibilinaamente.

—Está todo previsto —contestó—. Tú encárgate de Boudds; nosotros haremos el resto.

—Está bien. —Cedió Pfaldten finalmente—. ¡Señor Boudds! —llamó.

—Sí —contestó el inglés con voz maquinal.

—Levántese.

Boudds se puso en pie.

—Salga de la casa —ordenó Pfaldten—. Usted conducirá; yo viajaré a su lado.

—Sí.

Pfaldten se volvió satisfecho hacia la mujer.

—Este doctor Parry es un tipo estupendo —elogió.

—Pero se hace pagar caro —suspiró Marina.

—Lo cual, bien mirado, es lógico; yo también trataría de sacar el jugo adecuado a mi inteligencia. Boudds, ¿recuerda la orden que le he dado?

—Sí, señor.

—Suerte, Dieter —le deseó Marina.

—Hasta la vista —se despidió el asesino.

El coche rodaba a velocidad moderada por la carretera desde hacía unos veinte minutos. De pronto, Pfaldten dio una orden:

—Apártese a la derecha, Boudds. Vaya despacio, el terreno es un tanto accidentado.

—Sí, señor.

Boudds manejó para salirse de la carretera. Los muelles del coche protestaron cuando las ruedas pasaron por encima de la hierba, que ocultaba engañosamente las irregularidades del suelo.

Un par de minutos más adelante, Pfaldten ordenó:

—Deténgase, Boudds.

Los faros del vehículo iluminaron una cortadura del terreno, situada a cuatro o cinco metros de distancia.

La siguiente orden de Pfaldten fue:

—Boudds, ponga la palanca de cambios en punto neutral. Siga en el coche.

—Sí, señor.

Pfaldten giró hacia su derecha, tras abrir la portezuela, para apearse del vehículo. Entonces, un pie le golpeó en los riñones con tremenda fuerza y lo arrojó rodando al suelo.

El asesino lanzó un gruñido de rabia, en el que había una buena dosis de desconcierto. ¿Cómo era posible que el inglés hubiese reaccionado tan pronto a los efectos del gas?

Empezó a levantarse. Un puño que parecía hecho de granito alcanzó su mandíbula y lo derribó al suelo, consciente, pero sin ánimos ni fuerzas para incorporarse de nuevo.

Boudds se inclinó sobre él y le quitó la pistola.

—Dieter, cuando esté listo, póngase en pie; tenemos que hablar —dijo tranquilamente.

CAPÍTULO X

Dieter se sentó en la hierba, frotándose la mandíbula dolorida por el golpe. Los faros del coche, que permanecía en el mismo sitio, continuaban encendidos.

—¿Cómo diablos se ha recuperado tan pronto? —barbotó, colérico.

Boudds lanzó una risita.

—Nunca estuve hipnotizado —contestó.

—¡Imposible! ¡El gas no falla nunca!

—Salvo cuando se ve a tiempo y se neutralizan sus efectos adecuadamente.

—¿Cómo? —Pfaldten tenía la boca abierta, debido a la estupefacción que se había apoderado de su ánimo.

Dos cosas blancas cayeron sobre sus piernas.

—Algodón, empapado en alcohol puro —explicó Boudds—. Por si no lo sabe, le diré que el alcohol y los barbitúricos son antagónicos. Más de una persona ha muerto por tomar barbitúricos para dormir, acompañándolos de unas buenas dosis de licor.

Pfaldten no acertaba a hablar. Boudds continuó:

—Recelé algo de la invitación de la señora Vilassi —dijo—. Ella no tenía por qué saber el robo de su coche, si había sido cosa de tan pocos minutos. Cualquiera sirviente a quien le hubiera sucedido una cosa semejante, se lo habría ocultado a su amo. Además, ¿quién es capaz de llevarse un coche, cerradas las portezuelas y con dispositivo antirrobo, sin emplear mucho tiempo? Eso, en pleno día y en un lugar concurrido, habría llamado inmediatamente la atención. ¿Lo comprende ahora?

El asesino hizo un gesto de asentimiento.

—Así que cuando entré en casa de la señora Vilassi, me taponé bien la nariz con los algodones empapados de alcohol puro. Naturalmente, apenas vi el gas, cerré la boca. Confieso que, a pesar

de todo, en los primeros momentos, sentí un ligero torpor mental, pero se me pasó enseguida.

—Y ha fingido...

—Hasta que usted me ordenó arrojarme por el precipicio. ¿Hizo lo mismo con Zina McLeod?

El silencio de Pfaldden era más elocuente que cualquier afirmación.

—¿Por qué? —preguntó Boudds.

—Ordene —respondió el asesino parcamente.

—¿De Marina?

Pfaldden apretó los labios.

—Conforme, no dirá nada —sonrió Boudds—. Pero ¿por qué quieren asesinar a Margit Hardzee?

El asesino continuaba callado.

—¿Tiene eso algo que ver con el supuesto nombre de Ricardo Moreno del Río? —insistió Boudds.

—Se lo ha dicho ella, ¿eh?

—Sí. También sé que Ramón es otro de los miembros de la banda. ¿Qué hacen con los diamantes que no entregan?

Dieter meneó la cabeza.

—No insista, inglés, no diré nada —contestó.

Penosamente, empezó a ponerse en pie. De pronto, se arrojó contra Boudds.

El joven retrocedió y chocó de espaldas contra el automóvil. Una mano buscó la pistola, pero Boudds alargó la izquierda y le metió el dedo en un ojo.

Pfaldden lanzó un rugido de dolor. Manoteó ciegamente y con fortuna, porque el arma voló por los aires.

Boudds le golpeó, haciéndole dar dos vueltas sobre sí mismo. Pfaldden se levantó, sólo para encontrarse con un pie que se estrelló contra su pecho, lanzándolo a varios pasos de distancia.

Era un hombre tenaz y se levantó de nuevo. Colocó un excelente golpe y Boudds retrocedió, aunque en el contraataque siguiente logró meter su codo por la boca del asesino.

Pfaldden volvió a gritar de dolor. El golpe le había saltado un par de dientes. Boudds atacó ahora con los puños y el asesino rodó por el suelo, hasta quedar a menos de un paso del borde del precipicio.

La pelea parecía decidida. Pfaldden se puso a gatas, tratando de

levantarse. El castigo había sido muy duro.

Mientras, Boudds buscaba la pistola. De repente, oyó un alarido aterrador.

El coche se había puesto en marcha por sí solo. Indudablemente, el desnivel era muy pequeño y quizá alguna de las ruedas estaba metida en un pequeño hoyo del suelo. Pero ahora, los cuerpos de los contendientes habían chocado con el vehículo en más de una ocasión, arrancándolo de su situación de equilibrio estático y al hallarse sin el freno de mano y desembragado, se había puesto en movimiento.

Ninguno de los dos lo advirtió hasta que era demasiado tarde. El morro del «Fiat» golpeó a Pfaldten en el pecho, justamente cuando acababa de levantarse. Hombre y vehículo se precipitaron por el despeñadero, con horrible estrépito.

El fragor de metales abollados y vidrios rotos fue sustituido prontamente por el de una explosión. Una enorme llamarada subió a lo alto, disipando las tinieblas en un vasto radio.

Boudds se asomó un instante. Abajo, a unos treinta o cuarenta metros, junto al vehículo que ardía, se veía una figura humana completamente inmóvil.

De pronto, un reguero de líquido ardiente se acercó al cuerpo. Las ropas de Pfaldten empezaron a arder.

Boudds no quiso continuar mirando. El incendio, probablemente, atraería a la gente y no tenía ganas de dar explicaciones.

Empezó a correr para alejarse de aquel lugar, aunque durante un buen rato caminó a través de los pinos, a fin de no salir a la carretera en las inmediaciones del lugar del accidente. Tuvo la suerte de encontrar un camión parado en una gasolinera, a cinco kilómetros del sitio donde había estado a punto de morir y el conductor se brindó amablemente a llevarle hasta Roma.

Una ambulancia aulló pidiéndoles paso. El camionero meneó la cabeza.

—Creo que ha habido un tipo que se ha salido de la carretera. El coche ha caído por un barranco, incendiándose, y él se ha matado. Estos locos de la velocidad solo aprenden de esta forma.

—Tiene usted mucha razón, amigo —concordó Boudds con sorna.

A la entrada de Roma, el camión paró. Boudds entregó mil liras a su conductor.

—Tómese un buen trago a mi salud —dijo.

Un taxi pasó muy pronto por aquel lugar. Boudds le dio la dirección de su hotel.

Había ido a casa de la Vilassi alrededor de las nueve de la noche. Ahora eran poco más de las once.

Marina sabía ya, y si no lo sabía, pronto se enteraría de ello, que Pfaldten había muerto. Boudds pensó que lo mejor era desaparecer y ordenó que le preparasen la cuenta.

—He recibido una llamada urgente de Londres —mintió en recepción.

Una hora más tarde, se apeaba frente al Albergo Molinari, que era el hotel donde se alojaba la muchacha. Pidió una habitación y, una vez estuvo en ella, solicitó a la telefonista nocturna, que le comunicase con Margit.

—Quiero hablar con usted inmediatamente —dijo él, apenas oyó la voz de la muchacha.

—Me vestiré...

—Basta con una bata; me he alojado en su mismo hotel.

—Oh, comprendo. Bien, venga, le aguardo.

Momentos más tarde, entraba en la habitación de Margit. Ella le dirigió una mirada llena de ansiedad.

—¿Ocurre algo, Robin? —preguntó.

—Sí, se lo contaré enseguida, pero primero, dígame, ¿qué ha dicho Mallory de su ausencia en aquella villa?

—Se ha disculpado, diciendo que los italianos con quienes quiere hacer negocio le han entretenido demasiado. Se sentía muy pesoso y me ha enviado un gran ramo de flores. Yo le he anunciado que me despido.

—¿Ha mostrado contrariedad?

—No mucha. Simplemente, ha dicho que ya contratará aquí una secretaria eventual.

—Celebro que se lo haya tomado con filosofía —sonrió Boudds—. ¿Ha mencionado usted mi nombre?

—No, no me ha parecido discreto. Sólo le he dicho que mañana me vuelvo a Ámsterdam.

—Estupendo, Margit, aunque, si acepta el puesto de secretaria

que le ofrecí, no volará a Ámsterdam, sino a Mülheim.

Ella puso cara de asombro.

—¿Alemania? —exclamó.

—En el Ruhr. Ya le explicaré luego. Ahora le diré que he estado a punto de morir.

—Me tiemblan las piernas —confesó Margit—. Esa pandilla de desaprensivos...

—Hasta ahora, son cuatro millones de francos suizos en danza, lo que equivale a cuatrocientas mil libras esterlinas —dijo Boudds—. Sin contar, naturalmente, lo que valen los diamantes.

—Ellos los roban, asesinando a los contrabandistas, después de que tienen el dinero.

—Exactamente, Margit.

—Pero ¿por qué? No acabo de comprenderlo... ¿Es que luego revenden los diamantes?

—Posiblemente —admitió Boudds—. De ese modo, la ganancia resulta doble.

—A costa de un montón de muertos.

—¿Cree que la vida humana tiene importancia para ellos, Margit?

La muchacha suspiró.

—No, después de lo que he visto y me ha sucedido, estoy completamente de acuerdo con usted, Robin. Pero, por favor, cuénteme lo que le ha sucedido —pidió.

—Sí, Margit, con mucho gusto.

—¿Doctor Parry, has dicho? —preguntó Hanswehr a la mañana siguiente.

—Sí, eso he dicho, Ewen —confirmó Boudds.

—Parece británico, Robin.

—Yo también lo creo así. Por lo visto, es el inventor de ese gas narcótico que, sin dormir a las personas, les roba la voluntad.

—Ah, ya entiendo. Tú quieres que se localice a ese científico.

—Sí, Ewen.

—Pero si es inglés...

—Creo que conoces bastante al inspector McDuff, ¿no es cierto? Hanswehr se echó a reír.

—Está que muerde. Pfaldten le dio esquinazo.

—Cuando hables con él, dile que puede dormir tranquilo.

Pfaldten ha muerto, Ewen.

—¿Cómo lo sabes, Robín? —se asombró el holandés.

—Tengo motivos para ello —contestó Boudds—. Lo vi muerto, aunque no lo maté yo, sino el instrumento que pretendía utilizar para borrar me del mundo de los vivos.

—No irás a decirme que tenía una pistola en la mano y que el tiro le salió por la culata, ¿eh?

—Algo por el estilo, aunque no fue una pistola, sino un automóvil. Pero ahora hablemos de otra cosa. Dentro de una hora me voy a Ciampino, con destino a Düsseldorf. De allí me trasladaré a Mülheim.

—¿Qué hay en Mülheim? —preguntó Hanswehr.

—Un tipo llamado Wuttens. Encontré su nombre en una agenda. Mientras yo viajo hacia allí, procura averiguar algo del tipo. —Boudds le dio el nombre completo y la dirección—. Estaba en una lista, detrás de Lunsere y de Van Zamm.

—Ya entiendo. Bien, avísame en cuanto llegues a Mülheim.

—O.K., Ewen.

Boudds volvió el teléfono a la horquilla y miró a Margit. La conversación había tenido lugar en la habitación de la muchacha.

—Todo está listo, Robin —anunció ella—. Mi cuenta preparada y los pasajes de avión nos esperan en conserjería.

—Muy bien, está demostrando que sabe ser una secretaria perfecta —sonrió él, a la vez que la empujaba suavemente hacia la puerta.

Minutos más tarde, entraban en un taxi.

—A Ciampino —ordenó el joven.

—Sí, señor.

El vehículo arrancó de inmediato. Veinte minutos más tarde, Boudds se dio cuenta de que el conductor seguía una dirección equivocada.

—Oh, no, señor —contestó el chófer amablemente—. Voy en la dirección adecuada.

Y casi en el mismo instante, una mampara de grueso vidrio se alzó silenciosamente, separando a los pasajeros del conductor.

Boudds se abalanzó a la portezuela de su lado. Los mandos de apertura, así como los que movían el cristal, estaban bloqueados.

—¡Nos han secuestrado! —exclamó Margit, con acento de terror.

—Exactamente, señorita —corroboró el supuesto taxista, a través de un altoparlante interior.

CAPÍTULO XI

A Boudds no le causó la menor extrañeza ver que el falso taxi se detenía ante la puerta de la mansión de Marina Vilassi. El chófer se apeó, pistola en mano, y abrió una de las portezuelas.

—Salgan —ordenó secamente—. Usted, inglés, no intente nada o le volaré los sesos.

—Soy un decidido partidario del pacifismo —contestó Boudds—. Cuando el otro está armado y yo no, claro.

—Vamos, caminen.

Boudds dirigió a la muchacha una mirada para tranquilizarla. Margit estaba muy pálida.

Entraron en la casa. Marina, vestida con un fantasioso pijama negro, con dibujos de dragones en oro y verde, acudió a recibirles.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó—. Pensé pescar un pez y me traen dos, uno de ellos de gran calibre.

—Ha sido una casualidad, Marina —dijo Boudds.

—Sí, nosotros buscábamos sólo a la chica. A usted le creíamos ya camino de Londres.

—Anoche, simplemente, me mudé de hotel.

—Un buen truco, aunque, por fortuna para nosotros, le ha fallado.

—Anoche no fallé, Marina —dijo él intencionadamente.

—Es cierto. ¿Cómo lo consiguió?

Boudds sonrió.

—Poseo ciertos poderes mentales. Con ellos contrarresté el influjo de la droga —mintió con todo desparpajo.

—Sensacional —exclamó Marina, admirada.

—Lo único que no puedo es influir en la mente del tipo que tengo detrás de mí.

—¿Qué orden le daría, en tal caso?

—Muy sencillo. Le diría que le pegase a usted un tiro y que

luego se saltase la tapa de los sesos.

El falso taxista se alarmó.

—Eh, oiga, señora, a ver si este tipo...

—No temas, Dino; el señor Boudds bromeaba. ¿No es así? —dijo Marina, dirigiéndose al joven.

—En lo que se refiere a mis poderes mentales sobre las personas, sí. Pero no intente propinarme la droga de nuevo, porque fallarán como anoche —contestó Boudds resueltamente.

Marina parecía muy impresionada por Las palabras del joven. De pronto, dio una orden:

—Dino, enciérralos donde ya sabes. Quédate en la puerta vigilando hasta que te diga.

—Sí, señora. Vamos, muévanse... y recuerde, señor Boudds, que su mente no puede nada contra mis balas —dijo el falso taxista.

—En eso le concedo a usted toda la ventaja, Dino —respondió el joven tranquilamente.

La puerta se cerró tras ellos. Era una habitación situada en el sótano, sin ventilación de ninguna clase.

Margit se precipitó sobre Boudds apenas estuvieron a solas.

—¿Es cierto que pudo evitar con su mente los efectos del gas? —preguntó ansiosamente.

Boudds se echó a reír.

—En primer lugar, no debe levantar tanto la voz —contestó—. Y, en segundo, si dije una cosa semejante, era para no levantar sospechas y evitar que me registrasen.

—No entiendo...

—Marina se ha quedado muy desconcertada. Ahora, con toda seguridad, está haciendo una consulta para ver si es cierto lo que yo le he dicho. Alguien le dirá que no, que es imposible y, dentro de unos minutos, los tendremos aquí con un pulverizador lleno de pentotal gasificado.

Margit se aterró.

—Entonces, tendremos que obedecer lo que nos ordenen...

—Sólo lo simularemos —dijo Boudds, a la vez que sacaba del bolsillo posterior de los pantalones lo que parecía una pitillera.

Sumamente intrigada, Margit contempló con gran atención las operaciones de su forzoso acompañante. Dentro de la pitillera había varios tubitos de vidrio que contenían una sustancia blanca.

—Sólo necesitaremos cuatro —sonrió Boudds.

En cada tubito había cierta cantidad de algodón empapado en alcohol puro. Boudds dio a la joven dos algodones, indicándole la forma de aplicárselos.

—Si nos echan gas, cierra la boca y respire exclusivamente por la nariz —indicó—. Quizá en los primeros momentos sienta algo de mareo y vértigo, pero trate de dominarse; es algo que le pasará muy pronto...

Transcurrió cosa de media hora. La puerta se abrió repentinamente.

Marina y Dino aparecieron en el umbral, con los rostros cubiertos por sendas máscaras. Ella llevaba en la mano un pulverizador.

—No es cierto —dijo, muy furiosa—. La mente no es suficiente para contrarrestar los efectos del gas.

—¿Se lo ha consultado al doctor Parry?

Marina quedó parada un momento. Luego continuó hablando:

—Eso no le importa, Robin. Ahora, Dino les llevará a un sitio donde esa chica ya ha estado en una ocasión.

—Usted se refiere a la villa abandonada en donde alguien intentó asesinarme —terció Margit.

—Exactamente. Es usted una chica muy valiente; consiguió derrotar a... Bueno, el nombre no importa. ¿Cómo lo consiguió?

—Se arrojó sobre mí, falló y cayó a la alberca. Cuando quería salir, yo le di un golpe con el magnetófono portátil. Cayó de nuevo y escapé.

—¡Estúpido! —murmuró Marina, como si apostrofase a alguien que no se hallaba presente en aquellos momentos—. Bien, ya hemos terminado de hablar.

Un potente chorro de gas salió del pulverizador. Boudds y Margit retrocedieron hasta el fondo de la habitación, pero Marina, protegida por el pistolero, avanzó hacia ellos, rociándoles insistentemente con el gas.

Boudds y Margit desfallecieron momentáneamente y no había ficción en su desfallecimiento, pero, al cabo de unos segundos, notaron que empezaban a reaccionar.

—Levántense —ordenó Marina.

Los prisioneros obedecieron.

—Ahora irán con Dino —continuó Marina—. Harán exactamente todo lo que él les indique. ¿Entendido?

—Sí —contestaron Margit y Boudds al mismo tiempo.

Marina se volvió hacia su acompañante.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo—. Termina pronto, Dino.

—Descuide, señora.

Los ojos de Dino se clavaron malignamente en la pareja que tenía frente a sí.

—Robin, Margit, síganme —ordenó.

—Sí, señor.

Dino dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera que conducía al piso superior. Boudds y la muchacha caminaron tras él, con la característica expresión ausente de los narcotizados.

Una burlona sonrisa apareció en los labios de Marina.

—Pretender que había sido su mente la que... —exclamó, cuando el inglés pasaba por delante de ella—. Simplemente, recibió una dosis inadecuada.

El coche se detuvo en un lugar conocido de la pareja. Boudds tocó con su rodilla la de la muchacha, como para tranquilizarla.

Dino se apeó y abrió la chaqueta. Debajo de ella, sujeta por el cinturón de los pantalones, llevaba una enorme pistola, provista de silenciador.

Con la mano izquierda hizo girar la manija de la portezuela.

—Vamos, ya pueden salir —ordenó.

Los dos pies de Boudds se dispararon súbitamente y la portezuela terminó de abrirse con inusitada violencia. Dino, sorprendido, rodó por el suelo con los pies por alto, aunque sin soltar la pistola por el momento.

Boudds se lanzó fuera del coche. Dino se incorporaba ya y le golpeó la mano armada con el pie.

La pistola saltó a unos pasos de distancia. Dino rugía de furor.

Era un hombre ágil, nervioso. En un santiamén se puso en pie y sacó una navaja de resorte.

Boudds se había apoderado ya de la pistola, cuando vio que Dino se le arrojaba encima, como si la navaja fuese una espada. Saltó hacia su izquierda y, con el mismo movimiento, bajó la mano derecha con todas sus fuerzas, golpeando de revés.

El cañón del arma, largo, reforzado por el silenciador, alcanzó la sien de Dino con terrible impacto. Dino se tambaleó, chocó contra el automóvil y rodó al suelo, en donde quedó inmóvil.

—¿Ha muerto? —preguntó Margit, todavía muy asustada.

Boudds empezó a quitarse de la nariz los tapones de algodón.

—No lo sé, ni tampoco me interesa demasiado —contestó.

Margit se pasó una mano por la frente.

—Creí que no lo contaba —dijo—. Hubo un momento en que pensé que el gas llegaría a dominarme.

—Marina lo usó con prodigalidad, en efecto —sonrió él, a la vez que se arrodillaba junto al caído—. No ha muerto —añadió—, pero temo que Dino va a consumir analgésicos *a gogó* durante un mes.

Margit se echó a reír.

—Tiene usted un humor excelente... —Pero, de pronto, se apoyó en el pecho del joven, sollozando espasmódicamente.

Era la reacción natural después de lo que habían pasado. Boudds comprendió que debía permitirle aquel desahogo.

Al cabo, de unos minutos, ella se calmó. Boudds le ofreció un pañuelo para que se secase los ojos. Margit se sonó con fuerza.

—Perdóneme, pero no he podido contenerme —se disculpó.

—Resulta así más femenina —sonrió Boudds.

Ella inspiró fuerte un par de veces.

—Ya me encuentro mejor —dijo—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Le gustaría visitar a Marina?

Margit se estremeció.

—Si cree que no hay más remedio...

—Resultará interesante, en efecto —convino él.

—Muy bien; entonces, no se hable más. ¿Va a dejar aquí a Diño?

—No me gusta llevar estorbos en el coche, Margit.

Boudds se sentó tras el volante.

—¡Qué despilfarro! —exclamó de pronto—. El taxímetro continúa funcionando.

—Ese Dino sería capaz de cobrar luego el importe de la carrera, además de su precio por dos asesinatos —comentó Margit.

—Sí, hay gente capaz de todo.

El coche dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Cuando atravesaban la puerta, Margit se sintió asaltada por una duda:

—Robin, ¿por qué no nos asesinaron en la propia casa de

Marina?

—Quizá estimaron que era un lugar demasiado concurrido —opinó él—. Dos personas que salen caminando de una casa, inspiran menos sospechas que dos cadáveres que han de ser transportados en brazos, ¿no cree?

Margit sintió un escalofrío.

—¡Qué tétrico es usted, Robin! —se quejó.

El mayordomo de Villa Flavia salió a recibirles.

—Lo siento —dijo—, la *signora* Vilassi se ha marchado hace unos minutos con su chófer.

—Pero... —Boudds se sentía desconcertado por la noticia, ya que estimaba que el mayordomo era sincero—. ¿Adónde ha ido? —preguntó.

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

—No lo sé, no lo dijo al partir —contestó.

—Sin embargo, usted es el mayordomo de la señora.

—Perdón, señor Boudds, soy el mayordomo de Villa Flavia.

—¿Cómo? —Respingó el joven.

—Villa Flavia se alquila con la condición de aceptarnos a mí y a la servidumbre que cuidamos de ella. Naturalmente, todo el que alquila la mansión puede traerse a sus propios sirvientes. Pero los dueños de Villa Flavia ponen como condición inexcusable para alquilarla que nosotros, los que cuidamos de ella, sigamos aquí mientras dura la estancia de los inquilinos.

—Ya —murmuró el joven—. Entonces, no sabe usted adónde ha ido la señora Vilassi.

—No me lo dijo, señor —respondió el mayordomo.

—Bien —intervino Margit—, al menos podrá darnos usted el nombre y la dirección del propietario de Villa Flavia.

—No hay inconveniente, señorita.

Momentos más tarde, se disponían a abandonar la casa. El mayordomo reparó entonces en un detalle.

—No he visto al conductor del taxi, señor —observó.

—¿Tampoco lo vio usted cuando nos amenazaba con una pistola? —preguntó Boudds.

—¡Señor! —Respingó el mayordomo—. Ésta es una casa seria... Boudds se echó a reír.

—Era sólo una broma —dijo—. Le he alquilado el taxi y se lo

dejaré luego en su casa. ¿Ve?, el taxímetro continúa funcionando y así ese buen hombre no perderá nada.

El italiano pareció quedarse convencido con aquella respuesta. Boudds embragó, pisó el acelerador y salió zumbando de la villa.

El dueño de Villa Flavia era el *commendatore* Forli, un sujeto elegante y distinguido, quien manifestó no conocer el domicilio anterior de Marina Vilassi.

—Pero ella diría de dónde vino...

Forli se encogió de hombros.

—Alquiló Villa Flavia solamente por un mes. Fue, más bien, un pacto verbal. Pagó el alquiler anticipadamente y, créame, no es barato —contestó.

—¿Cuánto? —preguntó Margit.

—Millón y medio de liras mensuales, señorita. Boudds hizo un rápido cálculo mental.

—Algo así como mil libras esterlinas —dijo.

Forli sonrió.

—En efecto, la *signora* Vilassi me pagó en la moneda que usted acaba de mencionar —declaró sorprendentemente.

CAPÍTULO XII

—¡Qué barbaridad! —se escandalizó la muchacha, mientras el coche rodaba velozmente rumbo al aeropuerto de Ciampino—. Mil libras mensuales de alquiler. ¿No le parece excesivo?

—El negocio lo merece, Margit —contestó Boudds—. Por otra parte, si la villa hubiera sido alquilada por un año, el precio, estimo, habría sufrido una rebaja sustancial.

—Es posible —convino ella.

Poco después, entraban en el aeropuerto.

—¿En qué compañía consiguió los pasajes para Düsseldorf, Margit? —preguntó él, mientras atravesaban la gigantesca sala.

—KLM —contestó la muchacha.

Buscaron la oficina de la compañía holandesa.

—Espero que nos cambien los pasajes para otro avión —dijo él.

La azafata que les atendió amablemente manifestó que tendrían que efectuar el viaje vía Ámsterdam, en todo caso, si querían partir aquel mismo día.

—Hasta mañana no sale otro avión para Düsseldorf —añadió.

Boudds no pudo contener un gesto de contrariedad. La azafata esperaba, con los pasajes en la mano.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¿Es usted el señor Boudds, de Londres? —preguntó.

—Así me llamo, señorita.

—Tengo un mensaje para usted. Del inspector Hanswehr, señor.

La azafata entregó un papel a Boudds.

—Es un mensaje telefónico y el inspector encargó que se lo entregásemos con urgencia —añadió.

Boudds desplegó el papel y leyó:

«No es necesario que te desplaces a Mülheim.
Nosotros nos encargaremos del asunto Wuttens. Puedes

regresar a Londres, pero no lo hagas sin llamarme por teléfono».

Boudds sonrió.

—Mil gracias, señorita —dijo—. ¿Puede indicarme dónde hay una cabina para conferencias internacionales?

—Allí, señor Boudds —indicó la azafata.

Minutos más tarde, Boudds estaba en comunicación con su amigo.

—Tengo noticias para ti —anunció el policía.

—Te escucho, Ewen.

—En primer lugar, el camarero no es Ramón Baldaz, nombre español que no era sino un alias, sino Jim Peters.

—Quién lo hubiera dicho —sonrió Boudds—. Británico, claro.

—Sí. La siguiente noticia es que conocemos el domicilio del doctor Parry —manifestó el inspector Hanswehr.

El coche estaba parado ante el número 322 de la Wieserwegstrasse de Mülheim. Un hombre fornido, de pelo rubio y mandíbula cuadrada, salió de la casa, portando un maletín *attaché* de cuero marrón oscuro.

Entró en el coche. Dejó el maletín a un lado y arrancó.

Minutos más tarde, enfilaba la autopista de Düsseldorf. Entonces, notó un gas extraño.

Aspiró el aire un par de veces. Luego oyó una voz a sus espaldas:

—Siga adelante hasta que se lo indique.

—Sí, señor.

Horst Wuttens continuó conduciendo con toda normalidad. De pronto, se divisó el anuncio de un apartadero en la autopista, para estacionamiento y descanso de los ocupantes de los vehículos.

El apartadero estaba vacío en aquellos momentos.

—Entre ahí y deténgase —ordenó el sujeto.

Wuttens obedeció. Apenas se paró el coche, el hombre saltó al suelo.

Pero casi en el mismo instante, dos coches policiales se detuvieron con gran chirrido de frenos. El pistolero se sobresaltó.

—¡Alto! —gritó un oficial de policía.

El pistolero trató de sacar un arma. Dos agentes dispararon casi al mismo tiempo.

Un hombre rodó por tierra, mortalmente herido. El oficial que comandaba la patrulla ordenó que se pidiera una ambulancia.

Luego registró las ropas del caído, encontrándole dos pasaportes, uno a nombre de Tod Hollihoe. El otro iba a nombre de Dieter Pfaldten.

Wuttens continuaba en su asiento, inmóvil, completamente ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

Un hombre llamó a la puerta. Poul Stanx miró con desconfianza a través de un pequeño orificio, con cristal de aumento.

—¿Wuttens? —preguntó, a través del altoparlante instalado en la jamba de la puerta.

—Sí, el mismo.

La puerta se abrió. El recién llegado observó que Stanx tenía una pistola en la mano.

—¿Desconfía de mí? —preguntó.

—Sí —replicó el otro abruptamente—. Todavía me acuerdo de Lunsere y de Van Zamm.

El falso Wuttens se encogió de hombros.

—No hay ninguna trampa en el maletín —dijo, a la vez que lo ponía sobre la mesa.

Stanx se retiró unos pasos.

—Ábralo usted mismo y ponga los diamantes a un lado. Si están en una bolsita, extiéndalos sobre la mesa —ordenó.

—De acuerdo, pero quiero ver el dinero —pidió Wuttens.

—Muy justo.

Momentos más tarde, dos gruesos fajos de billetes quedaban junto al maletín. Stanx se retiró de la mesa por segunda vez.

—Abra el maletín —ordenó.

Wuttens sonreía de un modo especial. Soltó las presillas y levantó una de las tapas interiores.

Debajo había una bolsita de terciopelo. Wuttens la desató y volcó su contenido sobre la mesa.

—¿Lo ve? —dijo—. No había trampa.

—Muy bien. Ahora meta los billetes en el maletín y lárguese. Recuerde una cosa: estaré apuntándole hasta que haya salido.

El falso Wuttens no se inmutó. Hizo lo que le decían y se dirigió hacia la puerta.

Abrió. Tres hombres, dos de los cuales vestían de uniforme,

aparecieron en el umbral.

—Soy el inspector Hanswehr —se presentó uno de ellos.

Stanx abrió la boca, estupefacto.

—¡La policía! —exclamó.

—Tiene un arma en la mano —dijo Hanswehr—. Por favor, entréguela.

Stanx parecía anonadado. Ni siquiera se resistió cuando el inspector se apoderó del arma.

—Pero... ¿cómo lo han sabido? —murmuró.

—El señor Wuttens no es tal, sino que se trata del agente Vanderen —explicó Hanswehr—. El auténtico Wuttens está detenido, en manos de la policía alemana. En cuanto al hombre que hubiera ocupado su puesto, murió al intentar tirotearse con los agentes que iban a detenerlo.

Stanx no tenía fuerzas para hablar.

—No sé qué decir...

—El hombre que iba a matar a Wuttens, para ocupar su puesto y entrevistarse con usted, tenía, efectivamente, preparado un maletín análogo a éste, con un mecanismo mortífero. La policía alemana se ha encargado de inutilizarlo.

Uno de los agentes de uniforme avanzó y colocó las esposas en las muñecas de Stanx.

—Por supuesto —agregó el inspector—, gozará usted de todos los derechos que le confiere la ley. Pero me temo que los jueces serán muy severos con usted, como lo son con todos los contrabandistas de diamantes.

Aquella noche, al llegar a su casa, el inspector Hanswehr recibió una sorpresa.

—Tienes visita, querido. —Le anunció su esposa, después del habitual beso de bienvenida.

Los visitantes eran dos: Robin Bouds y Margit Hardzee.

Después de la cena, a que fueron invitados por el matrimonio, Bouds y su amigo conferenciaron privadamente en una salita.

—En Londres deben esperar ahora al falso Wuttens, con los diamantes y el dinero —opinó Hanswehr—. Sería un triunfo magnífico pescar a la banda con las manos en la masa.

—Alguien tendría que encargarse del papel de Wuttens, ¿no crees? Mejor dicho, del individuo que debía haberlo suplantado.

—Sí, pero el agente Vanderen, pese a toda su buena voluntad, no me parece el más indicado. Aunque conoce el asunto, tú has obtenido de primera mano muchos más detalles, Robin.

Boudds se acarició la mandíbula.

—¿Me parezco algo a Wuttens? —preguntó.

—Con unos ligeros retoques, sí —contestó Hanswehr.

—Recuerda una cosa: tengo que parecerme a Wuttens, pero, en realidad, debo ser Tod Hallihoe.

—Creo que el inspector McDuff se encargará de esta parte del asunto, si aceptas colaborar con nosotros —dijo el policía.

—Bien, por mi parte no hay inconveniente. Pero, a pesar de todo, hay algo que sigue intrigándome, Ewen.

—¿De qué se trata, Robin?

—De Margit. ¿Por qué diablos trataban de asesinarla? Ella no sabe nada que pueda comprometerlos...

—Quizá creen que lo sabe —opinó Hanswehr.

—Es posible —convino Boudds—. Pero ¿qué les hace suponer tal cosa? La relación de Margit con esos dos tipos se debe solamente al conocimiento casual que entabló con ellos en Marbella.

—Pero quizá vio algo —insistió el policía—. Ellos saben que lo vio o que lo oyó, aunque, de momento, no lo recuerde. Lo que sea que Margit haya visto u oído, puede resultarles sumamente comprometedor y por eso quieren eliminarla.

—Yo he hablado extensamente con ella sobre el particular y Margit insiste en que el comportamiento de Pfaldden y de Peters, mientras estuvieron en Marbella, fue absolutamente normal. Además, ¿cómo es que dos asesinos profesionales estaban allí? ¿Por qué hablan el español tan bien?

Hanswehr sonrió.

—También los asesinos tienen derecho a vacaciones, ¿no crees? —contestó.

—Peters, bajo la apariencia de Ramón Baldaz, trabajaba de camarero. Y, créeme, un camarero, en Marbella, y en la temporada veraniega, trabaja de firme.

—El empleo, opino, no debía de ser sino un disfraz para otras actividades, que algún día conoceremos. En cuanto a hablar el español... bueno, se ve que ambos tuvieron un buen profesor de idiomas.

De pronto, Boudds chasqueó los dedos.

—Se me ha ocurrido una idea —exclamó.

—¿Buena? —preguntó el inspector.

—Como todas las mías.

Los dos hombres se echaron a reír. Luego, Boudds dijo:

—Haz que traigan las fotografías que tomó la policía española de Pfaldten. Y pide una buena lupa también, Ewen.

Hanswehr accedió. Poco más tarde, las fotografías estaban de nuevo sobre la mesa.

Boudds eligió la que aparecían Margit, Pfaldten y el falso camarero. Margit estaba sentada todavía, junto a la mesa donde había hecho una consumición con el que creía se llamaba Ricardo Moreno del Río. Éste aparecía en pie, entregando algo al camarero.

—Le estaba pagando en esos momentos —dijo el policía.

—Sí, eso es lo que parece —convino Boudds pensativamente.

Margit contemplaba la escena, que parecía perfectamente natural. De pronto, Boudds tomó la lupa y empezó a recorrer la fotografía, procurando no perderse el menor detalle.

—Creo que ya lo tengo —dijo al cabo de unos momentos.

Hanswehr se enderezó, muy excitado.

—Dime de qué se trata —pidió con vehemencia.

Boudds le pasó la fotografía.

—Examina la mano de Pfaldten. Le está dando unos billetes a Peters, pero debajo de los mismos se ve algo blanco. Una nota, sin duda, instrucciones sobre lo que debe hacer más tarde, cuando ellos se hayan alejado.

—Sí, es cierto, Robin. Estaban comunicándose y...

—Y Margit, casualmente, tiene los ojos en una postura que parece que esté mirando lo que hacen ellos. Por supuesto, Margit no sabía nada, pero creyeron que los vigilaba o que se había dado cuenta de algo sospechoso. Siguen pensando en que quizá ella no lo recuerda ahora, pero puede recordarlo en cualquier momento, y eso es lo que tratan de evitar.

—Entiendo. ¿Qué diría el mensaje? —preguntó Hanswehr pensativamente.

—Uno de los dos protagonistas masculinos de esta escena ha muerto ya —contestó Boudds—. Espero que el otro viva lo suficiente para decirnos el contenido del mensaje. Pero también se

me ocurre ahora otra idea.

—Dime, Robin.

—Peters no se colocó de camarero en un hotel, bajo el nombre de Ramón Baldaz, sólo por ganar algún dinero, mientras le salía un «contrato», tú ya sabes a qué me refiero. Opino que era un disfraz ideal para vigilar a alguien.

—Es muy probable —admitió el policía—. Pero ¿a quién?

Boudds sonrió.

—Temo que habrás de ponerte de nuevo en contacto con la policía española, para conseguir la lista de los huéspedes del Panoramic Hotel, de Marbella, durante la época en que Pfaldten y Peters estaban allí. Esa lista, seguramente, nos aclarará muchas cosas.

—Sí, lo haré hoy mismo. ¿Qué harás tú, Robin?

—Despedirme de Margit. Parto inmediatamente para Londres.

—Un momento. Recuerda que tienes que desempeñar el papel de Hallihoe, el cual, a su vez, debía desempeñar el de Wuttens. Tenemos unos buenos artistas del disfraz en la jefatura y me gustaría que antes hicieran algunos ensayos.

—No hay inconveniente —aceptó Boudds.

—El inspector McDuff colaborará contigo, ya he hablado con él —añadió Hanswehr.

—Y tú te preocuparás de que Margit esté bien protegida.

Hanswehr sonrió maliciosamente.

—Puedes irte tranquilo —contestó—. Será nuestra huésped hasta tu regreso.

CAPÍTULO XIII

Al día siguiente, pasadas las doce del mediodía, Margit pegó un chillido que hizo retemblar las paredes.

—¡Señora Hanswehr! ¿Cómo ha dejado usted pasar a este hombre?

Boudds sonrió.

—¿Tan cambiado estoy, Margit? —preguntó.

Ella alargó el cuello un poco para mirarle con atención.

—¡Robin! —exclamó, atónita.

—El mismo —sonrió Boudds alegremente.

—Pero ¿cómo...? ¿A qué se debe ese disfraz?

—Tengo que ir a Londres. Me llamaré Tod Hollihoe.

Margit comprendió en el acto.

—Va a desempeñar el papel de uno de esos asesinos...

—Exactamente.

—Pero correrá serios peligros, Robin.

—No tanto como usted cree, Margit.

—Yo iré con usted —dijo ella, impulsivamente.

—Margit, por favor, use la cabeza. ¿Cómo puede Hollihoe llevarla a su lado, sin inspirar sospechas en el acto? Inmediatamente descubrirían mi verdadera personalidad, ¿no lo entiende?

—Sí, es cierto —admitió la muchacha—. Pero me gustaría tanto...

—Usted se queda aquí; ya ha hecho bastante. Además, la casa del inspector Hanswehr es el sitio más seguro en estas circunstancias.

Margit suspiró.

—Al menos, espero que me llame en cuanto haya terminado todo —dijo.

Boudds sonrió.

—Haré algo mejor que llamarla por teléfono —manifestó.

—¿Sí, Robin?

—Vendré a buscarla personalmente.

—¿De veras?

—Y le propondré terminar mi libro en Marbella.

Los ojos de la muchacha se iluminaron.

—Allí hace ahora un tiempo espléndido —dijo—. Y hay mucha menos gente que en verano; entonces parece un hormiguero.

—Razón de más para pasarnos allí cuatro semanas. O seis... o las que sean. ¿Qué le parece la perspectiva, Margit?

Ella se colgó repentinamente del cuello de Boudds.

—Maravillosa, Robin —contestó, un segundo antes de besarle.

En Londres llovía y hacía frío. Mientras abría la puerta de su departamento, Boudds pensó con delicia en el sol del sur de España. Veinticuatro horas, cuarenta y ocho a lo sumo, y estaría volando con Margit rumbo a Málaga.

Entró en el departamento y dejó sobre un sillón su maletín y el *attaché* que el falso Wuttens había llevado a casa de Stanx. Entonces percibió cierto ruidito a sus espaldas y se volvió.

Había un hombre apuntándole con una pistola provista de silenciador. Boudds le reconoció de inmediato.

—Hola, Jim Peters —saludó—. ¿O prefiere que le llame Ramón? Peters le contemplaba extrañado.

—A ver si me he confundido de casa. —Gruñó.

—¿Confundido? ¿Buscaba quizá a otra persona, Jim?

La luz entró de pronto en el cerebro del asesino.

—¡Usted es Robin Boudds! —exclamó.

—Sí —admitió el aludido con toda tranquilidad.

—Pero ha tomado el aspecto de Tod...

—Un poco de maquillaje y una sesión de peluquería, para aclarar mi pelo, eso es todo.

Peters hizo un gesto de asentimiento.

—No está mal —dijo—. Un bonito plan para entrar allí y sorprender a toda la banda.

—Al decir «allí» me imagino se debe referir al laboratorio del doctor Parry, ¿no es así, Jim?

—Exactamente. Están esperando a Tom Hallihoe y llegará usted, con un ejército de policías a los talones...

Boudds sonrió.

—Me maravilla su clarividencia, Jim —dijo—. Supongo que ha venido aquí para quitarme de en medio.

—Supone bien —contestó el pistolero—. Créame, en medio de todo, hasta me resulta usted simpático. Pero órdenes son órdenes, compéndalo.

—Esa pistola no me hace mucha gracia. Aunque me parece mejor que los cañones de escopeta que usaron en otras ocasiones.

—Evitan muchos errores, es cierto.

—¿Llevaban el arma escondida y despiezada en el maletín de negocios?

Peters sonrió.

—Preparábamos una especie de trampa. El arma, con los cañones independientes, funcionaba al levantar la tapa —explicó.

—Muy ingenioso, aunque opino que las víctimas no habrán tenido tiempo de apreciar tales habilidades mecánicas —contestó Boudds.

—Las padecieron —rió el pistolero.

Boudds sacó su pitillera.

—Espero que, al menos, me permita fumar el último cigarrillo —solicitó.

—No hay inconveniente. Me gusta ser generoso.

Boudds encendió un pitillo y exhaló el humo.

—En cambio, yo no voy a ser tan generoso como usted —dijo—. Lo siento, Jim.

—¿Qué es lo que trata de decir? —preguntó el sujeto, repentinamente alarmado.

—Las opiniones sobre la pena de muerte, por ahora abolida en la Gran Bretaña, discrepan. Algunos dicen que es preferible padecer unos segundos, con la cuerda al cuello, que no padecer treinta o cuarenta años, encerrado entre los muros de una cárcel. Usted, Jim, tendrá ocasión de comprobar si es cierta la segunda hipótesis.

—¿Qué? Oiga, no hay ningún «poli» a media milla de distancia...

—Su optimismo me apena, Jim. Ese policía al que usted alude está muchísimo más cerca, justo detrás de usted.

Peters lanzó una sonora exclamación. Volvió la cabeza una fracción de segundo, lo justo para darse cuenta del engaño sufrido, pero ya era tarde para enmendar el error.

Un puño, que parecía poseer la potencia de un ariete, se estrelló contra su mandíbula, lanzándole contra la puerta, con indescriptible violencia. Peters cayó al suelo, completamente sin sentido.

Minutos más tarde, Boudds lanzó a la cara de Peters el contenido de una jarra de agua.

El pistolero tosió y estornudó con fuerza. Al fin, volvió a la normalidad.

Entonces se encontró sentado en un sillón, junto a una mesita en la que había un teléfono con supletorio.

Boudds estaba en pie, junto a él, apuntándole con su propia pistola. Toda expresión de amabilidad había desaparecido del rostro del escritor.

—Escúcheme bien esto que le voy a decir, Jim —habló Boudds duramente—. Ahora mismo va a llamar a dónde están los otros y dirá que ya me ha liquidado, pero que ha creído ser seguido y se va a esconder unos días, hasta que todo haya pasado. ¿Me ha comprendido usted?

Peters le miró con un solo ojo.

—¿Qué pasaría si me negase? —inquirió.

—Le pegaré un tiro, Jim.

—Usted no...

—El inspector McDuff vendrá. Yo le diré que nos peleamos y que conseguí arrebatarle la pistola. Él ya sabe que usted es un asesino profesional. Lo encontrará perfectamente justificado. Volcaré un par de sillas, romperé un jarrón, me arañaré un poco la cara... En su mandíbula hay un hermoso moretón, Jim. ¿No le parece que sería una escenografía muy apropiada para una muerte en defensa propia?

Peters se puso lívido.

—Le mataré si no obedece —agregó Boudds—. Créame, no sentiré el menor remordimiento al apretar el gatillo. Jim, usted no tiene otra opción y lo sabe, así que procure ser sensato y salvar de la catástrofe lo que más aprecia en estos momentos: la vida.

El pistolero se rindió.

Con la mano izquierda, Boudds tomó el supletorio. Quería escuchar lo que decía Peters por teléfono.

Peters habló tal como Boudds había deseado. Al terminar, lleno de rabia, dejó el teléfono sobre la horquilla y miró al joven.

—¿Y ahora? —preguntó.

Boudds sonrió complacidamente.

—Marque el 999 —indicó—. Es el teléfono de Scotland Yard, por si no lo sabía —agregó.

Lágrimas de rabia rodaban sobre las mejillas del pistolero mientras marcaba el que para él resultaba un número fatídico.

—Pregunte por el inspector McDuff, de parte de su amigo Robin Boudds —indicó el escritor educadamente.

El coche se detuvo ante la verja de la tapia. Los faros del vehículo iluminaron un jardín en el que se notaba claramente la falta de cuidados.

La tapia no rodeaba por completo la mansión que se veía al fondo, ya que por dos de sus extremos terminaba en un acantilado de unos doce o quince metros de altura, contra el que se estrellaban las olas del mar. Llovía ligeramente y soplabla una fresca brisa que, en ocasiones, al aumentar de velocidad, emitía tétricos silbidos.

El viento traía a veces nubecillas de finísima espuma, que olían a yodo y algas marinas. Boudds encendió y apagó los faros varias veces, hasta que, al fin, alguien apareció en un sendero central.

La puerta de hierro se abrió. Una linterna arrojó sus rayos luminosos sobre el rostro de Boudds.

—Ah, eres tú, Tod —exclamó el individuo—. Has tardado más de lo convenido.

—Las cosas no salen siempre como uno quiere —rezongó Boudds—. Pero lo importante es conseguir el objetivo.

—En eso tienes razón. Bueno, pasa; ella te está esperando.

—Muy bien.

Boudds arrancó de nuevo. Llegó frente a la entrada de la casa y se apeó.

El otro le siguió instantes más tarde. Boudds apreció con gran sorpresa que era extraordinariamente parecido a Pfaldden, aunque se abstuvo de hacer el menor comentario al respecto.

Una hermosa mujer apareció en la sala a los pocos momentos, con una larga boquilla en la mano derecha. A Boudds no le extrañó en absoluto hallarse ante Marina Vilassi.

CAPÍTULO XIV

—¿Lo traes todo? —preguntó ella.

Boudds sonrió, mientras golpeaba el maletín con la mano.

—Aquí está —dijo—. El dinero y los diamantes.

—Magnífico —aprobó la mujer—. Creo que ahora es cuando podremos empezar el negocio de veras.

Un hombre entró en aquel momento. Era delgado y de mediana estatura. Usaba unas gafas de gruesos cristales y bata blanca.

—Marina, ¿cómo ha ido el asunto? —preguntó.

—Estupendamente —respondió la mujer—. Es la tercera remesa que conseguimos.

—Tenemos buenos colaboradores —sonrió el doctor Parry—. ¿Resultó difícil, Tod?

Boudds hizo un gesto de indiferencia.

—Tan fácil como engañar a un chiquillo de pocos meses —contestó.

Parry se volvió hacia la mujer.

—Disponemos ya de seis millones de francos suizos en billetes, más diamantes por valor de otro tanto —dijo—. Creo que es hora de que iniciemos el negocio en gran escala.

—Tenemos el comprador, pero falta la firma del compromiso formal —contestó ella—. No vamos a gastarnos unos millones en montar un negocio, si no podemos luego vender la mercancía.

—Eso es cierto —convino el científico—. Las muestras que he elaborado son insuficientes para una producción en gran escala.

—A propósito —intervino Boudds—, me convendría tener un pulverizador. No se sabe cuándo puede uno necesitarlo, y siempre conviene estar prevenido.

Marina hizo un gesto con la cabeza.

—Déselo, Parry —indicó.

El científico hizo un gesto con la mano.

—Venga conmigo, Tod —dijo.

Boudds cargó con el maletín. Marina protestó.

—Déjalo ahí —ordenó.

El joven se volvió y la miró fríamente.

—Cuando me hayan pagado —contestó.

—Pero...

Boudds se encogió de hombros y siguió adelante. Parry caminaba precediéndole como un guía.

Momentos después, entraban en una vasta habitación, atiborrada de aparatos de todas clases. Boudds se abstuvo prudentemente de formular ninguna exclamación admirativa; había que dar la sensación de que ya conocía el lugar, como, seguramente, sucedía con Hallihoe.

Había también dos o tres botellas de hierro, semejantes a las empleadas para el oxígeno. Parry se dirigió a una estantería, tomó un pulverizador y se lo entregó al joven.

—No lo use a menos que no sea absolutamente necesario —indicó.

—Ahora es absolutamente necesario —dijo Boudds.

Y lanzó un chorro de gas a la cara de Parry.

El científico retrocedió y chocó contra una de las botellas. Boudds volvió a rociarle la cara.

—Quieto, doctor Parry —ordenó.

Sonaron unos gruñidos. Parry se quedó quieto a los pocos instantes.

—Yo voy a salir. Diré que usted se queda aquí, trabajando. Adopte una postura normal si alguien entra. Muévase como tenga por costumbre y no de a entender que está narcotizado. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor —respondió Parry con voz neutra.

—Una actitud enteramente normal —insistió el joven.

Giró sobre sus talones. Al llegar a la sala, se encontró con una cara nueva.

—Ahí están los diamantes y el dinero, pero no quiere entregarlos hasta haber cobrado su parte —dijo Marina.

—No me extraña en absoluto, porque ese hombre no es Tod Hallihoe —manifestó John Mallory.

El individuo que se parecía tanto a Pfaldden sacó en el acto una

pistola.

—¿Está seguro, señor Mallory? —preguntó, a la vez que apuntaba al joven con un arma.

—Por completo —confirmó el interpelado—. Se ha disfrazado muy bien, pero ha olvidado un detalle esencial.

—¿Cuál, por favor? —preguntó Boudds.

—La flor de la solapa. Hallihoe no salía nunca de casa sin una flor en el traje.

—Es usted muy observador, señor Mallory —dijo Boudds—. A decir verdad, yo también le echaba a usted en falta.

—¿Qué ha sido de Hallihoe? —gritó Marina.

—Scotland Yard.

La mujer se puso lívida.

—John, tenemos que irnos de aquí cuanto antes —gritó.

—Espera un momento —pidió Mallory—. Primero quiero hablar con el señor Boudds, cuya caracterización es magnífica. Después lo arrojaremos al mar. O quizá le hagamos saltar a él mismo, previamente narcotizado.

—El agua debe estar muy fría en este tiempo —se quejó Boudds.

—No tendrá mucho tiempo de lamentarse. Pero antes dijo que me echaba en falta. ¿Por qué, Boudds?

—Es bien sencillo: usted dijo a Margit que iban a una villa situada en la carretera de Ostia. Margit, por supuesto, no conoce bien Roma y en realidad fueron por la Vía Apia Antica.

—Oh, un desliz lamentable —murmuró Mallory—. Pero hay tiempo de enmendarlo.

Boudds puso el maletín sobre la mesa.

—Por supuesto, aquí no hay dinero. —Apretó una de las presillas—. Si voy a morir, todos saltaremos por los aires —añadió.

El pistolero pegó un respingo.

—¡Mil diablos, ese hombre es capaz...!

—Calla, Frank —ordenó Mallory—. Déjanos hablar. El señor Boudds, sin duda, querrá explicarnos qué es lo que contiene el maletín.

—Tres libras de gelignita, con una espoleta especial, que ya ha sido puesta en marcha. Estoy apretando el seguro: en el momento en que me hagan moverme, por ejemplo derribándome de un disparo o lanzándome a la cara gas narcótico, soltaré la presilla y se

producirá la explosión.

Mallory abrió la boca, pero se sintió incapaz de emitir el menor sonido. Marina se tambaleó y hubo de sentarse en una silla.

—Frank, ponga la pistola encima de la mesa —ordenó Boudds tras unos segundos de silencio.

El pistolero obedeció. Boudds se apoderó del arma y soltó el maletín.

Marina lanzó un agudo chillido. Boudds se echó a reír. Ebrio de ira al comprender que todo había sido una trampa, Frank se arrojó contra el joven.

Boudds disparó. El pistolero, alcanzado en un hombro, rodó por tierra, aullando de dolor.

—No se puede bromear con las armas de fuego —dijo el joven severamente—. Mallory, usted lo tiene muy mal. Mató a Flora Corvin, sólo porque resultaba mía peligrosa competidora en el negocio de diamantes. Lo mismo que Zina McLeod. Eran los enlaces de los contrabandistas, ¿verdad?

Mallory asintió.

—Pero no se puede probar que yo maté a Flora —alegó.

—¿Quién, sino el hombre que en tiempos había sido su amante, podía conservar una llave del piso?

Mallory pareció abatirse al oír aquellas palabras. Marina se sentía completamente desmoralizada.

—Un plan muy original —continuó Boudds—. Lograron enterarse del contrabando de diamantes y decidieron apoderarse de ellos, suprimiendo de paso a los contrabandistas, que podían resultar peligrosos para ustedes. De este modo, no sólo conseguían el dinero, sino también los diamantes, que más adelante podían proporcionarles más dinero. Lo que no he acabado nunca de entender es por qué querían matar a Margit Hardzee.

—Estaba enterada de lo que eran Pfaldten y Peters —murmuró Mallory.

—¡Qué absurdo! —rió Boudds—. Margit jamás estuvo enterada de nada. Ni siquiera sabía que Pfaldten y Peters estaban en Marbella para vigilar a sus futuras víctimas, Mantzer y Torini, quienes se hallaban casualmente también de vacaciones. Vigilar y estudiar sus movimientos, para el día en que necesitasen tomar su apariencia. En una de las fotografías que les tomó la policía española se ve a

Pfaldten entregando una nota a Peters, junto con el importe de la consumición. Margit parece darse cuenta de ello, pero no es más que una ilusión óptica. Ella jamás estuvo enterada de nada, hasta que, naturalmente, empezó a ver su vida en peligro.

Boudds se volvió hacia la mujer.

—Marina, usted estaba en Roma para vigilar que se cumpliese la sentencia de muerte contra Zina —dijo—. ¿Me equivoco?

Ella guardó un silencio inequívoco.

—¿Quién lo hizo? ¿Pfaldten o Frank? —Siguió el joven—. Ambos son tan parecidos...

El herido, que se agarraba el hombro con la mano derecha, estaba ya en pie, apoyado parcialmente en la mesa.

—Pfaldten —contestó.

—Claro, como está muerto —rió Boudds—. Un bonito descubrimiento el del doctor Parry, ¿verdad? Pero, díganme, ¿para qué querían tanto dinero y tantos diamantes?

Mallory se lo dijo. Boudds abrió los ojos, asombrado.

—¡Caramba, eso les hubiera producido una infinidad de millones, y no de francos, sino de libras! —exclamó, al conocer la verdad.

De repente, Frank se arrojó sobre el joven, lanzándolo al suelo de un fortísimo empellón.

—Ayúdeme, señor Mallory —gritó, mientras forcejeaba con Boudds.

Pero su súplica fue desatendida. Mallory agarró a Marina de la mano y tiró de ella.

—Vamos, larguémonos de aquí, ahora que aún es tiempo —gritó.

La pareja huyó a la carrera. Boudds consiguió colocar un golpe en la sien de Frank, dejándolo atontado.

Luego empezó a levantarse. Mallory y la mujer corrían a lo largo de un pasillo, que acababa en el laboratorio de Parry.

Arrodillado, Boudds les apuntó con la pistola. Vaciló un momento.

Mallory abrió.

—¡Doctor, tenemos que escapar! —vociferó.

Y esto fue lo último que dijo.

El fogonazo que se produjo en el laboratorio en aquel instante

era de color blanco, vivísimo, de una luminosidad extraordinariamente intensa. Boudds vio tres siluetas negras y luego escuchó una aterradora explosión.

Una onda de calor intolerable lo derribó al suelo. Por unos momentos, creyó que se había quedado sordo.

Se oyeron ruidos de paredes y techos que se derrumbaban. Aturdido, Boudds trató de escapar de allí, arrastrando por un brazo al desvanecido pistolero.

El incendio se propagaba con gran rapidez. En pocos minutos, la guarida de los criminales se convirtió en una masa de llamas que disipaban la oscuridad de la noche lluviosa en una gran extensión.

—Cuando Parry retrocedió instintivamente, al lanzarle yo el gas a la cara, debió de abrir la válvula de una de las botellas que contenían una mayor cantidad de gas, a muy elevada presión. El laboratorio, por tanto, fue inundándose de gas y la explosión sobrevino por alguna chispa... La policía dice que encontró un encendedor junto a la mano carbonizada de Parry. Quizá, como yo le dije que hiciese vida normal, trató de encender un cigarrillo, lo que resultó funesto en una atmósfera saturada de gas.

—Todo eso está muy bien —dijo el inspector Hanswehr—. Pero aún no sabemos por qué acumulaban tanto dinero y tantos brillantes.

—Lo necesitaban todo para construir una fábrica, en donde se elaboraría el gas en grandes cantidades. Nunca faltan traficantes que compren toda clase de armas, pero, naturalmente, los negocios no se llevan a cabo con promesas, sino con realidades. Un traficante no comprará mil fusiles, por ejemplo, sin antes tenerlos a la vista. Ellos ya tenían un par de «clientes», pero no hubieran cerrado el trato, sin antes suministrar elevadas cantidades de ese gas. Y un traficante de armas, por otra parte, no suele financiar la construcción de una fábrica, a menos que conozca muy bien a las personas con quienes piensa tratar. Claro que, en el futuro, Mallory y Marina, los cerebros de la banda, habrían adquirido solvencia... pero, por el momento, estaban empezando solamente y debían demostrar su valía. ¿Lo comprendes ahora, Ewen?

—Sí, perfectamente. Oye, me imagino que todas las notas y apuntes del profesor se habrán perdido en el incendio de la casa —dijo Hanswehr.

—Pero tengo un pulverizador de muestra. Lo enviaré al Ministerio de Defensa.

—Está bien. Ah, oye, Margit está a mi lado. Creo que quiere decirte algo. —El holandés se echó a reír—. En realidad, se muere por oír tu voz.

—Muy bien, de acuerdo.

Margit tomó el teléfono.

—¡Robin! ¿Estás bien? —preguntó ansiosamente.

—Sí, desde luego. Oye, ¿cuánto te costará estar lista para venir a Londres?

—Muy poco...

—Entonces, date prisa, nena. Dentro de cuatro horas sale un avión, para... ¿Adivinas dónde?

—¡Marbella! —gritó la muchacha.

—Exactamente. Llegaremos allí al anochecer, si te das prisa, claro.

—Llegaremos a Marbella hoy mismo —aseguró Margit.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

